MIL MILLONES DE OJOS

SILVER KANE

CIENCIA FICCION



MIL MILLONES DE OJOS

SILVER KANE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 182

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO



ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 49.244 – 1973
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: febrero, 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

177.— LAS ESPADAS DEL COSMOS - Curtís Garland
178.— LA NUEVA RAZA - Marcus Sidéreo
179.— EL CEREBRO - Silver Kane
180.— MURIO MIL VECES - Curtís Garland
181.— ESCRITO EN EL TIEMPO - Silver Kane

CAPÍTULO PRIMERO

TODO empezó para John Norton con aquel accidente de moto en los entrenamientos para el Gran Premio de Gran Bretaña, que iba a ser para él una de las pruebas más importantes de su vida. Todos los periódicos deportivos ingleses, e incluso los del Continente, dedicaron gran espacio a la noticia con espectaculares títulos que diferían muy poco de éste:

«NORTON-NORTON AL BORDE DE LA MUERTE»

Todos los periódicos publicaron fotos de su espectacular salto, pues la potente máquina había volado por encima de la valla de protección, había rozado un cable provisional de alta tensión afortunadamente con un neumático, y había terminado estrellándose contra una enorme valla publicitaria. Cuando los primeros servicios de auxilio llegaron allí pensaron que no podrían recoger ya más que los pedazos del piloto.

Las fotos eran espectaculares. Causaban una impresión difícil de olvidar y casi todas ostentaban la misma leyenda:

«EL GRAVISIMO ACCIDENTE DE NORTON-NORTON»

Porque John Norton corría precisamente para la marca «Norton», y de aquí el juego de palabras que hacían los periódicos para que el público lo entendiese mejor a la primera ojeada. Otras fotos mostraban al piloto en el momento de ser recogido por los auxiliares, afortunadamente aún con vida, y unas últimas lo captaban en el momento de ser ingresado en el quirófano cuando aún no había recobrado el sentido. Alguien dijo: «Es el más extraño accidente de moto que he visto jamás. Y noventa veces de cada cien, el piloto habría tenido que morir.»

Pero John Norton estaba vivo, y aquél iba a ser el principio de su extraña aventura. John Norton, clínicamente muerto dos veces durante la operación, había logrado salir de ella. ¿Con el cerebro entero? ¿O quizá con algo cambiado en su interior? ¿Era el mismo John Norton el que salió del quirófano? Le habían dado dos veces masaje en el corazón y consiguieron salvarle, pero en realidad, ¿no había estado muerto?

Todos estos pensamientos, en realidad, sólo preocuparon a los que suelen profundizar demasiado en las cosas. A los que se preguntan, por ejemplo, cuál es el límite entre la vida y la muerte. A los que quieren saber si uno realmente muere cuando ya no hay actividad ni en su corazón ni en su cerebro. A los que se preguntan: «¿Y entonces qué pasa con el alma de un hombre? ¿Qué *ve*? ¿Y puede acordarse luego realmente de lo que *ha visto*?»

Pero, como el lector comprenderá, tales preguntas no suelen hacérselas los

aficionados a las carreras motociclistas, los cuales se preocuparon casi exclusivamente de saber si Norton vivía o no, y en segundo lugar, de qué clase de fallo técnico podía haber provocado aquel accidente tan espectacular. ¿Había sido el piloto? ¿Había sido un defecto de la máquina? Por supuesto nadie se preocupó de saber lo que Norton había visto mientras estuvo clínicamente muerto, si es que de verdad había visto alguna cosa.

Su *manager*, Roberts, que vivía en Liverpool, estuvo con él durante las horas más críticas, pero no le habló de nada hasta que el peligro hubo pasado realmente, o sea, tres semanas después. Fue entonces cuando, una tarde, le preguntó si pensaba volver a correr.

—Todo depende de si mis músculos responden —dijo Norton con voz débil—. Yo no tengo miedo.

—Se ha comprobado que fue un fallo de la pista, ¿sabes? No tuvisteis la culpa ni la máquina ni tú. Inexplicablemente se produjo un hundimiento en el firme pocos segundos antes de que tú pusiste allí tu rueda delantera. Por lo tanto, se te sigue considerando uno de los mejores pilotos del mundo y ese accidente no ha de influir en tu futuro profesional.

—Un hundimiento en la pista… —dijo Norton con voz débil—. Dios mío… ¿Cómo no lo supe antes?

—Los periódicos lo publicaron dos días después, cuando pudo averiguarse oficialmente —dijo Roberts—. Pero tú no estabas para leerlos ni para que te los leyese nadie. En fin, he pensado que en seis meses puedes quedar como nuevo, de modo que la temporada próxima estarás en disposición de volver a correr. Pero parte de esos seis meses no los pasarás aquí, sino en una clínica especializada de Estados Unidos. Hay allí un tal doctor Watson que hace maravillas con la recuperación funcional, y tú serás su próximo paciente.

—Pero…, pero eso costará mucho dinero…

—No te preocupes. La «Norton» y los organizadores de la carrera lo pagan todo. Es lo menos que se puede hacer por ti.

—Bien, en ese caso… Pero que conste que no quiero reclamar contra nadie.

—Si te recuperas no tendrás necesidad de reclamar. Por cierto, ¿cómo está tu cabeza? ¿Piensas bien?

Norton se pasó una mano por la frente.

—A veces —dijo—, pierdo la noción del tiempo. Me parece vivir en una época que no es la mía.

Roberts emitió una risita queriendo animarle.

—Es natural, muchacho —dijo—, y no debes preocuparte. Es lo menos que te podía haber pasado. Je, je… ¡Con la trompada que te diste!

En realidad, nadie dio importancia a aquella afirmación del joven Norton, a aquella extraña sensación de que vivía en una época que no era la suya. Ningún médico profundizó demasiado en aquello, porque lo importante era conservarle la vida. Lo que podía haber pasado en su cerebro que durante un tiempo estuvo sin funcionar fue dejado para más adelante. Verdaderamente

los médicos lo olvidaron pronto, sin dar importancia a aquellas extrañas ausencias de Norton, aquellas horas en que estaba con la mirada perdida y daba la sensación de no ver nada absolutamente. Al menos de no ver nada de este mundo.

Como no se quejaba, nadie le preguntó qué le ocurría durante aquellas «ausencias».

Cuando se trasladó a Nueva York en el mejor asiento de un «Jumbo», ya se encontraba muchísimo mejor. Podía andar con ayuda de unos bastones y tenía justificadas esperanzas de que el doctor Watson hiciese un milagro con él.

La clínica del doctor Watson, en la zona elegante de Riverside Drive, era en realidad una gran fábrica de salud en el que los pacientes eran algo así como el producto final. Todo funcionaba de una manera mecanizada, fría y casi inhumana. Los pacientes estaban fichados, se les sometía a las curas y ejercicios en las horas fijadas y luego se les olvidaba absolutamente hasta que el número de su ficha volvía a aparecer en las pantallas de televisión del circuito de control. Entonces, una enfermera muy mona y que sonreía de una forma estereotipada venía a por él y lo atendía exactamente durante los minutos que el circuito de control le indicaba. Luego devolvía a su habitación al paciente y éste volvía a caer en el más absoluto olvido.

Así permaneció Norton durante tres meses más.

Nadie le preguntó por su cerebro.

Nadie se interesó por sus pensamientos.

Sólo el estado de sus músculos y de sus pensamientos contaba.

Pero había de reconocer que hicieron milagros con él en este aspecto. Al cabo de aquel tiempo ya podía andar casi normalmente, aunque le recomendaron reposo absoluto en un sitio tranquilo. Así fue cómo Roberts alquiló para él aquel apartamento amueblado en uno de los edificios más altos de la Primera Avenida, cerca de United Nations Plaza.

Roberts le preguntó:

—¿Te gusta?

—Es un sitio espléndido —musitó Norton—. Sobre todo la terraza… La vista resulta magnífica.

—Una enfermera vendrá a verte cada día. Una profesional excelente, puedes creerme… Lo mejor que tienen en la clínica de Watson. Pero lo más importante es tu estado de ánimo, muchacho. ¿Cómo te sientes por dentro?

—Me siento mucho mejor, pero… lo extraño es mi cerebro.

—¿Qué pasa con él?

—Que no me parece el mío.

Roberts rió.

—Bueno, en realidad, puede que no sea tuyo… Te lo tuvieron que coser trozo a trozo como quien dice, muchacho. Era un *puzzle*. Je, je… Oye, ¿sabes que la «Yamaha» se ha interesado por tus servicios? Las motos japonesas pegarán fuerte la próxima temporada, muchacho. Muy fuerte… También me

han llegado rumores de la «Suzuki…» Tú ponte bien y ganarás pasta larga, muchacho… ¿Pero qué pasa con tu cerebro?

Norton miraba hacia el vacío.

Dijo con voz lejana, que no parecía la suya:

—Verás… Me parece que vivo en otra época.

—Narices, muchacho. Vives en ésta. Motos de 1.200 centímetros cúbicos, cambios de hasta seis marchas, neumáticos cada vez más adherentes… La monda. ¿Pero en qué época crees estar viviendo? ¿Cómo es eso?

Roberts, como todas las personas demasiado dinámicas, se iba fácilmente de una cosa a otra. Miró con preocupación a Norton, que otra vez tenía la mirada perdida.

—No sé… —dijo el corredor—. Sólo tengo la sensación de que el tiempo es para mí distinto de las demás personas. Por ejemplo, cosas que tú me dijiste el mes pasado me parece estar oyéndolas ahora. Y personas con las que hablé entonces me parece como si estuvieran en este momento en la habitación.

Roberts hizo un gesto de inquietud.

Aquel lenguaje no le gustaba ni pizca.

Pero un corredor motociclista puede correr aunque sea sin cerebro —al menos eso pensaba él—, de modo que podía tener confianza. Le dio una palmadita en la espalda y le dijo:

—Entretente… Tienes unas magníficas vistas de Nueva York… Una vez al día vendrá la enfermera y dos veces al día te subirán la comida de uno de los mejores restaurantes de la zona. En cuanto a lo demás, conviene que te vayas valiendo por ti mismo. Yo también vendré a verte, ¿sabes? Y en cuanto a periodistas, nada de nada. Para que esos moscones no vengan a importunarte, estás aquí con un nombre supuesto.

—¿Qué nombre?

—Narrow.

—Narrow murió hace un mes —dijo rápidamente Norton.

Roberts, que ya estaba en la puerta, se volvió bruscamente para mirarle a los ojos.

Y lo que vio en aquellos ojos no le gustó. Dijo suavemente:

—Oye, muchacho… Tú no has conocido a ningún Narrow…

El joven se pasó una mano por la frente. De pronto bajó los párpados como si sintiera un terrible cansancio.

—No —musitó—. No lo he conocido.

—¿Pues por qué hablas de que murió?

—No sé… Es algo que he pensado…

—Pues no pienses tonterías, caramba… A ver si resulta que habrá que hacerte el cerebro nuevo otra vez… Hala, hasta mañana. Procuraré venir temprano y traerte periódicos.

Norton quedó solo, al cerrarse aquella puerta a su espalda, y miró hacia la lejanía con los ojos entrecerrados. Era en verdad fabulosa aquella vista de Nueva York. Todo el East River se mostraba ante su mirada serpenteando

entre el dédalo de elegantes edificios de las avenidas Uno a Cuatro. Desde el otro lado distinguía toda la abigarrada superficie de Manhattan hasta el West Side. Con la simple ayuda de unos prismáticos podía pasarse horas y horas curioseando allí, sin darse cuenta de que pasaba el tiempo.

Y precisamente le habían dejado unos magníficos prismáticos.

Roberts había pensado que se distraería con eso.

Situado en la silla de ruedas a la que de momento le habían condenado, el joven corredor fue siguiendo los principales edificios que tenía delante. Se dio entonces cuenta de la enorme variedad que tenían los tejados de Nueva York, desde los que habían sido transformados en audaces *parkings* hasta los que aún servían, como en las pequeñas ciudades provincianas, para tender la ropa. Se dio cuenta también de cuan poco se trabajaba en algunas oficinas cuando se largaba el jefe, y de la enorme cantidad de mujeres que tenían pequeños líos de besuqueos junto a las ventanas cerradas.

Las horas transcurrieron para él sin darse cuenta.

La noche cayó sobre la inmensa ciudad y él aún seguía allí, con los cristales pegados a los ojos, mirando los edificios ya vacíos, las ventanas ya oscuras, las escaleras ya muertas. Miraba con asombro los mil pequeños misterios de aquella Nueva York que en cierto modo aún estaba tan inexplorada.

Fue entonces cuando sus ojos se posaron en aquella casa. Fue entonces cuando entró de lleno en aquel mundo irreal, en aquel mundo de las cosas que no existían, aunque él, entonces, no pudo ni siquiera sospecharlo.

Miró aquella casa.

Capítulo II

LA casa era como tantas otras: una inmensa colmena de apartamento donde la gente no se conocía y seguramente ni se saludaba en los ascensores. Era una ciudad dentro de la ciudad, un pequeño mundo lleno quizá de secretas hostilidades. Por lo que pudo ver —pues sólo distinguía la mitad superior del edificio— las plantas intermedias estaban destinadas a oficinas, mientras que en las superiores había viviendas.

No en todas ellas se producían señales de vida.

Bastantes inquilinos veían la televisión o descansaban con las cortinas echadas, por lo cual resultaba casi imposible distinguir sus movimientos. Otros, al parecer, se retiraban muy tarde porque cenaban fuera. Sólo unos vecinos se mostraban clarísimamente ante los ojos de Norton, porque no usaban las cortinillas de sus ventanas y además tenían todas las luces encendidas con gran generosidad. Eran un hombre y dos mujeres.

Norton estuvo observando durante dos noches.

El hombre era bastante joven y llegaba hacia las ocho. Debía haber cenado ya fuera, porque en seguida se encerraba en su despacho y en una pizarra que ocupaba casi toda la pared se ponía a hacer complicados cálculos. Seguramente era un científico o un profesor universitario que preparaba una tesis.

Una hora después llegaba la primera de las dos mujeres. Seguramente era su esposa, porque le besaba con cierta falta de entusiasmo, como si fuera un acto rutinario repetido mil veces. Aquella mujer, que aún era muy atractiva, se encerraba en el dormitorio y se tendía en la cama sin nada encima, mientras miraba la televisión. El espectáculo resultaba… Bueno, resultaba muy interesante. Norton lo veía todo tan perfectamente, que hasta podía seguir el programa en la pequeña pantalla: se trataba de las aventuras de un justiciero del Oeste llamado «Dingo» y que siempre tenía una cita con los espectadores a aquellas horas.

Más de una vez se preguntó Norton si no era indigno lo que estaba haciendo, pues al fin y al cabo se introducía cobardemente en la intimidad de una familia. Pero se disculpaba diciéndose a sí mismo que él no había buscado aquello a propósito, sino que las ventanas iluminadas habían surgido ante sus prismáticos por puro azar. Además, le fascinaba tanto la vida de aquella familia (no sabía por qué, pues era como tantas y tantas otras en Nueva York) que pronto olvidó sus escrúpulos morales para dedicarse exclusivamente a observarla.

La segunda mujer llegaba más tarde.

Debía ser una estudiante, pues siempre traía libros. Era más joven que la primera, e igualmente bonita. Quizá eran parientes las dos, pues se besaban en las mejillas. Luego la estudiante (de algún modo había que llamarla) se encerraba en otra habitación y se quitaba las medias. El espectáculo era muy

interesante, porque tenía unas piernas de primera calidad. Hecho esto se dedicaba a tomar apuntes con datos sacados de los libros.

En fin, el espectáculo no podía ser más normal, después de todo.

No había razón para que fascinase tanto a Norton.

O quizá no era tan normal, si se pensaba bien… No en cada ventana aparece una mujer tendida en la cama y otra quitándose las medias. Pero, fuera de eso no ocurría nada que fuera tan especial… Es decir, no ocurrió hasta el tercer día.

Eso fue antes de la hora habitual, es decir fue antes de las ocho, momento en que regresaba el hombre.

Esta vez regresó antes, según observó Norton.

No se puso a hacer cálculos, sino a preparar un poco café. Sacó una botella y unas copas. También puso mi disco. Apenas diez minutos más tarde llegó la estudiante.

Debían ser las seis.

Por lo tanto tenían unas dos horas por delante.

Y entonces se enteró Norton de que el hombre era un pájaro de cuenta. Tenía una doble vida. A espaldas de su mujer, se entendía con la estudiante de una forma apasionada. De todos modos tampoco parecía preocuparles demasiado eso. Se dedicaban íntegramente uno al otro y para ellos no existía nada más.

De todos modos, conforme avanzaba el reloj, ellos recuperaron la cabeza.

No se olvidaron de algunos detalles.

En primer lugar lo dejaron todo tal como estaba.

En segundo lugar, la estudiante se largó media hora antes de que regresase la mujer primera, la que Norton suponía era la esposa del hombre.

Esta vino a la hora exacta.

Dio un beso maquinal al hombre, que seguía enfrascado en sus cálculos, y se fue a ver la televisión al dormitorio.

La estudiante llegó también a la hora habitual. Como si no hubiese estado allí en toda la tarde. Hizo un gesto aburrido, no miró ni siquiera al hombre y se encerró en su cuarto a estudiar. Era la perfecta comedia.

Era un perfecto engaño pequeño burgués que, de todos modos, un día estallaría por algún sitio. El día en que la esposa llegara antes por cualquier causa o el día en que a los entusiasmados amantes se les parara el reloj.

Norton pensó que no dejaba de ser divertido.

Era como ver una excitante película por la televisión, con la ventaja de que aquí todo era realidad pura.

Roberts le visitó al día siguiente como hacía siempre. Traía un voluminoso paquete.

—¿Qué tal, muchacho? Tienes una cara estupenda…

—No puedo quejarme. Esta terraza me sienta bien.

—¿Te distraes?

—Bastante…

—Pues no entiendo cómo. No lees…

—Leo a ratos, pero sobre todo me entretengo con los prismáticos que me trajiste. Toda esta parte de Nueva York es interesantísima.

Roberts rió.

—De todos modos tuve un fallo, muchacho. Un fallo tremendo.

—¿Cuál?

—No hay aquí aparato de televisión. Ya ves… Hasta los más modestos hoteles de Nueva York la tienen en todas las habitaciones y tú, que ocupas un apartamento de lujo, no podías ni ver los seriales románticos. En fin, el fallo está compensado. Aquí te la traigo.

Extrajo del gran paquete un televisor portátil muy elegante y lo situó en el mejor sitio. Luego lo probó. El cacharro funcionaba perfectamente.

—Supongo que algún programa te gustará —dijo.

—No estoy muy al corriente de los canales de Nueva York —dijo Norton —. ¿Hay programas deportivos?

—Según las horas. Creo que mañana dan una velada desde el Madison Square.

—Procuraré verla.

—Por ahora pruebas de motos no hay… De todos modos algún otro programa te interesará, seguro.

Norton produjo un chasquido con los dedos.

—Hay uno de un justiciero del Oeste… —dijo.

—¿Cuál?

—«Dingo».

—Ah, sí… «Dingo». Pero ya has llegado tarde.

—¿Qué…?

—Es un programa ya viejo. Lo retiraron hace un mes. Tuvo mucho éxito, pero al final todo cansa. Norton parpadeó:

Sintió de pronto un fuerte dolor en la nuca.

—¿Dices que lo han retirado?

—Cierto…

—¿De todos los canales?

—Lo tenía uno en exclusiva, de forma que los demás no pueden darlo. No lo da nadie, muchacho. Hace un mes. Lo siento… Pero tienes otros programas del Oeste, tantos como te parezca.

El dolor en la nuca de Norton se hizo más intenso aún.

—Roberts, contéstame poniendo todos tus sentidos en eso. ¿Seguro que el programa ya lo han retirado? ¿Seguro que no lo dan?

—Seguro, hombre. Seguro… ¡Si lo sabré yo! ¡Me leo los programas todos los días!

—A veces están equivocados.

—Con el caso de «Dingo» no. Esta noche, si quieres, prueba.

Norton se juró a sí mismo que probaría.

Sentía un extraño frío, como si la atmósfera de Nueva York hubiese

cambiado por completo.

Cuando Roberts le dejó solo, esperó en su silla de ruedas, esperó con un ansia que quizá no había sentido jamás. Ni en sus primeras carreras, ni en esos momentos cargados de tensión que preceden a las salidas había notado nada semejante.

Por fin, a la hora de las jornadas anteriores, enfocó los potentes prismáticos hacia la casa. Todo ocurrió normalmente. Como si fuera una copia de las otras veces. Primero entró el hombre.

Se preparó un poco de café y se puso a hacer complicados cálculos en la pizarra, como siempre. Luego vino su esposa.

Le dio un beso maquinalmente, entró en el dormitorio, se quitó la ropa, se tendió en la cama y conectó la televisión. Aquel era el momento que Norton había esperado con tan terrible ansiedad. Tenía la garganta contraída y le costaba incluso respirar.

Las imágenes en la pequeña pantalla se fueron concretando.

Y apareció… «Dingo».

Norton lo veía con más claridad que nunca.

Eso indicaba que Roberts se había equivocado y estaban dando la serie aún, de modo que se dispuso a comprobarlo. Leyó los periódicos y vio que no figuraba en programa, aunque eso no era una prueba definitiva. Conectó su televisor y esperó.

Nada.

La serie que ofrecían era distinta.

Norton fue recorriendo todos los canales.

En ninguno de ellos ofrecían las aventuras de «Dingo».

¡Y sin embargo, poco más allá lo estaban viendo! ¡A Norton le bastaba con enfocar los prismáticos para seguir sus aventuras!

Caminando difícilmente, fue al teléfono.

Marcó el número de una revista especializado en programas de radio, televisión y espectáculos. Preguntó si por algún canal cercano a Nueva York transmitían la serie de «Dingo».

La respuesta fue negativa.

—No, señor. Lo tenía en exclusiva el canal ocho y lo retiró hace un mes aproximadamente. En este momento no lo transmiten por ninguna cadena.

—¿Seguro?

—Claro que sí, señor. Seguro… Precisamente tenemos en prensa un reportaje con el autor de la serie diciendo que está preparando otra similar. No deje de leernos.

Y colgaron.

Norton estaba lívido.

Volvió a la terraza como un fantasma.

Pero las luces de aquel apartamento se habían extinguido mientras tanto. Todo estaba envuelto en sombras.

Norton ya no podía ver nada. Quizá fue una auténtica suerte para él,

porque de otro modo tal vez hubiera acabado volviéndose loco.

Porque se hubiera dado cuenta de que acababa de traspasar las fronteras de lo desconocido.

Capítulo III

DURANTE un par de días nadie se acercó a la casa que le obsesionaba, y el apartamento permaneció vacío. La cosa tenía su lógica, porque se trataba de un fin de semana y la gente huía de Nueva York. John Norton aprovechó aquellos dos días para hacer ejercicios a lo largo de la terraza, de modo que sus piernas se fortalecieron y empezó a sentirse mucho mejor. Incluso se creyó capaz de bajar a la calle, lo cual le permitiría ir al apartamento que había estado espiando con sus prismáticos. Fingiendo ser un vendedor de libros a domicilio, por ejemplo, podría conocer de cerca a aquellas tres personas que tanto habían llegado a obsesionarle.

Pero las cosas se le complicaron cuando llegó Roberts. El joven se disponía ya a salir cuando apareció su *manager* con un paquete de revistas. Alzó los brazos al ver al joven vestido como si fuese a salir a la calle.

—¡Pero, muchacho…! ¡Esto sí que son progresos! ¿Ibas a dar un paseo?

—He pensado que me convendría.

—De acuerdo, de acuerdo, pero nunca pasees solo… Imagina que das un traspiés y quedas bajo las ruedas de un coche. Yo puedo acompañarte.

—No te preocupes, ya no saldré. ¿Traes revistas?

—Sí… He pensado que quizá te aburrirías aquí tantas horas. A pesar de la televisión, debe haber momentos en que te mueras de asco. Aunque quizá te distraiga la enfermera, ¿no?

Y guiñó un ojo a Norton.

Norton hizo un leve gesto de hastío.

—¿Te refieres a Margot?

—¿Pues a quién si no…? Es una mujer estupenda. No creo que haya en Nueva York una enfermera tan guapa. Y te la han enviado a ti, muchacho… ¡A ti!

El gesto de hastío de Norton se repitió.

Roberts musitó:

—¿Qué te pasa?

—No me hables de Margot, demonios, no me hables… ¿Te has fijado en lo larga que va?

—Sí… Reconozco que es algo exagerado. Ninguna mujer lleva una falda tan larga como la suya, pero de todos modos se adivinan unas piernas que…

—¿Te has dado cuenta de que siempre lleva medias de algodón grueso?

—Sí, también… Hay que reconocer que es un inconveniente gordo.

—No sabes tú la clase de mujer que es —se quejó Norton—. No te lo puedes imaginar. Ni sacada de un convento de la Edad Media se comportaría así. Es terriblemente seca y yo juraría que tiene miedo a los hombres. Ni te mira a la cara. No es que ya haya intentado nada con ella, naturalmente, pero una sonrisa de vez en cuando tampoco hace daño a nadie, cuerno… En fin, me ha tocado un buen saldo, muchacho. Una mujer preciosa, pero para ponerla en

conserva.

Roberts dejó las revistas sobre la mesa.

—En fin, quizá con esto te distraigas…

—Me entretengo con los prismáticos, como te dije —susurró Norton—. Miro aquel apartamento de allí, ¿ves? Toma… Míralo tú mismo.

Le tendió los gemelos

La tarde era muy clara.

Se veía perfectamente a gran distancia, incluso las enormes factorías del otro lado del Hudson. Roberts oteó el panorama.

—¿Dónde dices?

—Allí, debajo del anuncio de los cigarrillos «Camel».

—Es un edificio comercial que tiene viviendas arriba, ¿no?

—Sí, sí… El mismo.

—¿Y tú miras eso? ¿Qué tiene de especial ese edificio?

—Un apartamento me llama la atención.

—¿Cuál?

—El tercero empezando por arriba.

Roberts centró bien los prismáticos en él. Luego los retiró poco a poco mientras miraba a su amigo con curiosidad.

—Muchacho, yo no sé qué diversión encuentras mirando un apartamento vacío.

—Ahora está vacío, supongo que a causa del fin de semana, pero normalmente se mueve gente.

Roberts se encogió de hombros.

—Lo habrán vuelto a alquilar —dijo.

—¿Es que estaba desocupado?

—Sí… Lo ocupaban un nombre y dos mujeres.

Norton se estremeció.

No supo bien por qué.

Todo aquello le seguía produciendo una absurda sensación de frío en la nuca, todo aquello le ponía alerta sin que pudiera precisar las causas.

—¿Un hombre y dos mujeres? —bisbiseó.

—Sí… Él era un científico llamado Narrow. Un genio en cuestiones electrónicas, decía la gente. Un sabio. Lo que pasaba era que no le hacían demasiado caso porque siempre estaba inventando cosas absurdas, o al menos hablando de ellas. Pero se comentaba que llegaría lejos.

Norton volvió a estremecerse.

—Oye, Roberts… Yo dije una vez, al venir aquí que Narrow estaba muerto, ¿verdad? Roberts le miró con inquietud.

Aunque intentaba disimularlo, mil pequeñas arruguitas surcaban ahora su frente.

—Verás, muchacho… Me extrañó el día en que soltaste eso, aunque no quise hacer ningún comentario para no cargarte más la cabeza. Tú estás hospedado aquí bajo el falso nombre de Narrow para que los periodistas no te

molesten. Hasta aquí perfecto. Pero yo un día te explico eso y tú me sueltas que Narrow está muerto. La verdad fue que me extrañó mucho, aunque preferí no decir nada. ¿Cómo sabías tú que ese científico llamado Narrow, el que vivía en el apartamento que dices, la había palmado? Tú no habías estado jamás en esta parte de Nueva York, que yo sepa.

Norton necesitó sentarse otra vez en la silla de ruedas, porque le fallaban las piernas. Con la mirada terriblemente vacía, posó sus ojos en el infinito. Los dedos se entrelazaron con terrible fuerza mientras sentía otra vez aquel frío en la espalda.

—Fue algo que pasó por mi cerebro —dijo secamente—. No sé por qué.

—Pues tu cerebro estuvo clínicamente muerto duran te unos minutos, de modo que no sé cómo llegaron a penetrar en él esas ideas… Pero, ¿qué más da? El caso fue que, efectivamente, Narrow había muerto. Se volvió loco.

—¿Se volvió… loco?

—Sí. Un día, no se sabe por qué, atacó a las dos mujeres con un hacha. Una de ellas era su esposa, todavía muy joven y bonita. La otra era una prima, una estudiante de Ciencias a la que Narrow daba clases de vez en cuando. La gente decía que si se entendían a espaldas de la mujer… Bueno, eso son chismes. Ya se sabe que la gente habla en cuanto ve un hombre y dos mujeres bonitas. Fue un crimen muy sonado, ¿sabes, Norton? El las liquidó a hachazos y luego pareció darse cuenta de lo que había hecho. Se lanzó por la ventana… Ya ves: desde esa terrible altura. No encontraron abajo ni un poco de fosfatina. Desde entonces en el apartamento no vive nadie.

Norton tenía los labios terriblemente contraídos.

Sus ojos seguían mirando al infinito:

Con una voz lejana, remota, con una voz que no parecía surgir de su propia garganta, preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Más o menos un mes.

—¿Entonces proyectaban por televisión la serie de «Dingo»?

—¿A qué viene eso, muchacho?

—Pregunto si la proyectaban. Por favor, contéstame.

—Pues sí… Claro que sí. Hace cosa de un mes la estaban poniendo en pantalla. ¿Pero qué .tiene que ver…?

—Nada… Y dices que desde entonces… ¿Dices que desde entonces el apartamento está completamente vacío?

—Pues claro…

Roberts le miraba con curiosidad. Parecía preguntarse si el ex corredor se habría vuelto definitivamente loco. Hay lesiones cerebrales que le dejan a uno seco no al instante, sino algo más tarde. ¿Estaría Norton en uno de esos casos? ¿Acabaría pegando brincos sobre la cabeza de la Estatua de la Libertad una noche de luna…?

—¿Quieres que te traslade de aquí? —preguntó—. Puedo alquilar otro apartamento por el mismo precio en el lado opuesto de Nueva York. Sí, creo

que lo haré… Los aires del otro lado de Nueva York son más sanos.

—¿Los del West Side? ¿No son mucho peores?

—En fin… Es que también cambiarás de perspectiva. Podrás ver con los prismáticos otras cosas…

Se notaba que estaba preocupado. Norton dijo con un soplo de voz:

—No me moveré de aquí. Y ahora déjame solo, Roberts. Déjame, te lo suplico.

—Oye… Yo quiero que te distraigas. Podemos ir a dar una vuelta…

—Me quedaré a ver la televisión. Y no te preocupes por mí, ¿sabes? Estoy perfectamente. Gracias.

Cuando Roberts le dejó solo, el joven se puso a escrutar de nuevo con los prismáticos, pero no vio señal alguna de vida en el apartamento. Daba la sensación de que nadie lo había habitado jamás. Entonces, al cerrar la noche, esperó por si se encendían las luces. Pero las luces no se encendieron. Una masa compacta de sombras cubría toda aquella parte del edificio.

Norton tomó entonces una decisión.

Sus piernas respondían pasablemente.

Salió del apartamento por primera vez desde que estaba allí y se dirigió a la Tercera Avenida. Porque el edificio que le obsesionaba estaba en la Tercera. Lo miró desde abajo como si estuviera contemplando algo que no pertenecía a este mundo, y cruzó la calle. Vio que, entre las muchas placas que había en la puerta una indicaba:

«SERVICIO DE URGENCIAS MEDICAS PHIL CENTER.»

Cojeando un poco —cosa que no le costó ningún esfuerzo—, Norton atravesó el vestíbulo.

El conserje preguntó:

—Perdone, ¿adónde va?

—Al Phil Center.

—Ah, sí… Piso veintiuno.

Norton no marcó el piso veintiuno, sino el treinta. Había calculado que era allí donde estaba el apartamento que le interesaba.

En efecto, vio la placa. Situada encima de la puerta decía:

CLARK NARROW

INVESTIGACIONES ELECTRONICAS

CONTROL DE PATENTES

El joven pulsó el timbre. Nadie contestó.

Era lógico, puesto que el apartamento se hallaba vacío, según acababa de

ver por los prismáticos.

Norton dobló entonces en forma de ganzúa un alambre que ya llevaba preparado y se puso a maniobrar en la cerradura. Un experto mecánico como él podía vencer aquel mecanismo, aun no siendo precisamente un cerrajero. Al cabo de unos instantes se oyó un «chask» y la puerta cedió.

El joven pasó al interior. Todo estaba solitario, vacío y, lo que era más importante y más siniestro: cubierto con una densa capa de polvo. Eso indicaba que nadie había estado allí en mucho tiempo. Indicaba que nadie había entrado en aquellas habitaciones, a pesar de que había visto señales de vida en ellas veinticuatro horas antes.

La misma terrible sensación de frío volvió a acometerle.

Hasta por un momento creyó estar en otro planeta. Con las facciones lívidas, lo fue recorriendo todo. No había duda de que aquel era el sitio, puesto que además pudo ver su propia terraza más allá de las ventanas. La cama en la que la mujer primera se ponía a ver la televisión era la misma. La mesa en la que la estudiante tomaba notas ocupaba el lugar exacto en que él la vio. El aparato de televisión en que daban la serie de «Dingo» estaba cerca de la casa, tal como él veía con ayuda de los prismáticos.

La pizarra estaba llena de cálculos.

Intentó descifrarlos.

Como gran experto en mecánica, Norton conocía la Física y muchas de las leyes matemáticas que la regulan, pero no entendió absolutamente nada de lo que había allí. Quedó inmóvil en el centro de la habitación mientras sentía que una capa de sudor helado le cubría poco a poco el cuerpo.

Otra vez la sensación de estar viviendo en otro mundo le acometió.

Otra vez la sensación horrible de ver algo que los otros no veían.

Presa de un súbito miedo a lo desconocido, se dispuso a salir de allí. Caminando poco a poco sobre sus pies nial entrenados, fue hacia la puerta. Y entonces vio algo que no encajaba.

No es que fuese anormal. Es que no iba con la decoración del resto de la casa.

Se trataba de dos enormes litografías reproduciendo al monarca inglés Enrique VIII. Eran reproducciones de un retrato ya clásico, el mismo que aparece en casi todos los libros de Historia. La presencia de una litografía como aquellas en el apartamento de un científico ya resultaba algo extraña, porque no encajaba con nada. Pero el hecho de que hubiera dos ya resultaba inexplicable. Dos litografías exactamente iguales y colocadas en dos habitaciones de la casa… ¿Por qué?

Norton se encogió de hombros.

En fin, aquello no le importaba.

No era mirando las litografías de las paredes como llegaría a la solución de aquel maldito enigma.

Y de pronto, cuando ya estaba en la puerta, se detuvo. El sudor frío volvió a bañar su espalda.

Quizá estaba loco al pensar aquello, pero…

…¿Pero no era Enrique VIII el que hacía matar a sus mujeres? ¿No era el monarca que las hacía ejecutar con el hacha…?

Capítulo IV

EL museo estaba situado cerca de la Biblioteca Municipal, en un sitio tranquilo y protegido por copudos árboles. El ruido del tráfico llegaba allí en sordina, dando a los visitantes una sensación de calma. Muchos cuadros originales y muchas copias se alineaban en las paredes, ante las que trabajaban numerosos alumnos de Bellas Artes. No era un museo importante, puesto que tenía pocas obras de valor. Pero para que los aspirantes a pintor se entrenaran copiando, resultaba ideal. Docenas de ellos se afanaban en sus caballetes, delante de las obras clásicas.

Norton paseó su mirada por el lugar.

Habían pasado veinticuatro horas desde que salió del apartamento de Narrow,

Sus ojos buscaron las reproducciones, algunas de ellas de gran calidad. Vio el retrato de Enrique VIII y se detuvo ante él. Ya había observado que en la conserjería del museo vendían litografías exactamente iguales a las que él había visto colgadas en el apartamento de Narrow.

Escrutó el cuadro fijamente, como si tratara de adivinar lo que había tras él, como si quisiera ver su remota alma.

Era un cuadro muy normal.

Los ojos de bribón de Enrique VIII se posaban fijamente en el espectador como si se burlaran de él, como si pensara que, al fin y al cabo, el que le estaba mirando era un pobre bicho. El, Enrique VIII, había sido un monarca importante, había disfrutado de la vida, había eliminado todos los obstáculos sin ningún escrúpulo y se había burlado de lo que no fuera su propio placer. En cambio los que visitaban aquel museo o eran pobres alumnos de Bellas Artes o eran gentecilla temerosa de perder su empleo, acorralada por sus esposas, por sus suegras, por sus jefes, por los recaudadores de impuestos, hundidos en una civilización que no les gustaba y en la que la única auténtica libertad que tenían era la libertad de cambiar de marca de coche. Desde el fondo de los siglos, Enrique VIII se burlaba con su sonrisa bribona de todos aquellos seres.

Esa fue la sensación que tuvo John Norton: la de que el viejo monarca le estaba haciendo un corte de manga. Pero al mismo tiempo tuvo otra sensación más inquietante: la de aquellos ojos estaban dotados de vida, que iban penetrando en él que le hipnotizaban lentamente.

Parpadeó varias veces.

Todo aquello no tenía sentido.

Una sensación molesta se adueñó de él, y tuvo que salir del museo. Pero estaba tan turbado que, mientras se dirigía hacia la puerta, tropezó con el caballete de uno de los alumnos que estaban pintando.

Por poco lo vuelca.

La mujer que estaba trabajando ante aquel caballete dio una pincelada en

falso e hizo un gesto de contrariedad. Por educación no dijo nada, pero durante unos segundos John Norton supo leer la ira en sus ojos.

—Perdone —susurró—. Ha sido… Yo… En fin, estaba distraído.

La mujer bisbiseó:

—No se preocupe, le puede ocurrir a cualquiera. Era bonita. Tenía unos ojos quietos y profundos y unas piernas que hacían soñar en cosas prohibidas y en habitaciones secretas. Llevaba la falda colocada en la parte superior de los muslos; no se preocupaba de su posición.

Pero maldito si a Norton le interesaba la postura de la muchacha en este momento.

—No comprendo cómo me he podido distraer —se disculpó— pero es que las piernas aún me fallan a veces a causa de un accidente. Si quiere le pagaré otra tela; la he perjudicado sin darme cuenta.

—No es la tela lo que me importa —dijo ella—, sino el trabajo. Pero no se preocupe; ya haré unos retoques.

La cuestión había quedado resuelta, pero John Norton, de todos modos, siguió allí. Le interesaba aquella muchacha, y no sabía por qué. Tal vez era porque llevaba mucho tiempo sin tratar con una mujer, a no ser la bellísima y antipatiquísima enfermera que le habían enviado desde la clínica. Tal vez era por el clima especial que se respiraba en aquel museo. No hubiera podido decirlo, pero el caso fue que siguió allí. La mujer le miró desde el fondo de sus ojos rasgados y quietos.

—Ya está —dijo—, no le hago ninguna reclamación. ¿Por qué no se marcha?

—Perdone. Me interesa lo que está pintando.

—Pues es un cuadro vulgar. No tiene demasiado mérito, pero lo copio porque quiero especializarme en el estudio de expresiones, y esa expresión es difícil.

Norton miró el cuadro colgado de la pared.

En efecto, se trataba de una mujer con una expresión… ¿cómo decirlo…? Con una expresión enigmática. Era una mujer de aspecto tranquilo, muy hermosa, pero que tenía un no sé qué de inquietante. Se trataba de la pintura de una mujer que hubiera entusiasmado a cualquier hombre, pero a cuyo lado uno no se quedaría dormido por temor a que le ocurriese algo.

La sensación de un peligro inexplicable: ésa era la que se tenía.

—¿Quién es? —musitó.

—Dirá mejor quién era.

—Ya no vive.

—Creí que la conocía —dijo la pintora.

—No… Ni idea. Es que yo no soy americano, sino inglés. Vine aquí para curarme después de un accidente de motocicleta.

—Ah… Entonces se explica. Esa mujer murió hace años en la silla eléctrica, cuando en Nueva York aún se aplicaba la pena de muerte.

—¿En la silla eléctrica? ¿Es que era…?

—Sí. Era una asesina. Pero una asesina muy especial, a la que llamaban la Viuda Negra, como la araña que mata a su pareja después del acto sexual. Cada vez que conquistaba a un nombre, lo asesinaba después de hacerlo feliz. El jurado la declaró culpable de al menos media docena de crímenes de esa clase.

Norton se estremeció, aunque la pintora tuvo la sensación de que permanecía totalmente impasible.

Aquella sensación de estar enfrentándose a algo desconocido, irreal, aumentaba por momentos en él.

—Una curiosa costumbre… —dijo—. Y muy sana para evitar el excesivo aumento de población. ¿Cómo se llamaba?

—María Gatling.

—¿Ese cuadro se lo hicieron en la cárcel?

—Oh, no… Se lo hicieron antes de su detención. María Gatling era una mujer de buena familia, con bastantes dólares en su cuenta corriente, y que de vez en cuando se permitía el lujo de hacerse retratar por buenos pintores. Ese es su cuadro más famoso.

Norton lo miró de nuevo.

Aquella expresión que parecía vivir… Aquellos ojos que parecían mirarle desde más allá del tiempo…

—Perdone —dijo—. Creo que ya la he molestado bastante. No me acaba de gustar este museo, ¿sabe? Ojalá termine el cuadro bien y tenga mucho éxito.

Se alejó de allí.

No quería que la muchacha le tomara por un oportunista que había hecho todo aquello a propósito.

Sin embargo, al día siguiente volvió. Lo hizo en parte porque le convenía pasear y en parte porque seguía obsesionado por todo aquello. La muchacha del día anterior seguía copiando pacientemente el extraño retrato de María Gatling.

Norton se sentó en uno de los divanes y esperó.

Ella se limitó a saludarle.

Fue al tercer día cuando volvieron a hablar. La pintora, después de recoger su caballete, se acercó a él mientras musitaba:

—¿No decía que no le gustaba este museo?

—En efecto, no me gusta, pero… lo que está usted haciendo me fascina.

—¿Lo dice por mi obra?

—En parte por su obra y en parte por el retrato.

Ella rió.

Tenía unos dientes sanos y fuertes, de muchacha americana que siempre ha estado bien alimentada. Sin embargo, no había caído en la vulgaridad. Los dientes estaban enmarcados por unos labios gruesos y seductores.

—No me dirá que se está enamorando de María Gatling —susurró—. Sería peligroso para usted.

—¿Usted cree que después de muerta va a poder matarme?

La pintora volvió a reír.

—¡Quién sabe…!

—Al menos hay una cosa segura —dijo Norton riendo también—. A mí no logrará conquistarme.

—Tampoco eso es seguro. De momento está usted aquí.

Los dos volvieron a reír. La chica parecía haber aceptado la presencia de Norton, y en cuanto a éste sabía muy bien lo que le estaba ocurriendo; después de tanto tiempo encerrado, necesitaba la compañía de una chica. Pero no de una profesional encontrada en un *night club*, sino de una muchacha con la que poder hablar y que tuviera inquietudes humanas aparte dé la de ganarse unos dólares fácilmente.

—¿Puedo acompañarla? —musitó—. Estoy lo bastante fuerte como para llevar su caballete.

—¿No le fallará la pierna ahora?

—Por favor, no se burle. Le juro que no lo hice a propósito. Estaba curiosamente obsesionado por…

—… ¿Por qué?

—El retrato de Enrique VIII. No tiene sentido, ¿verdad?

—Cierto. Es un retrato vulgar y que ha visto todo el mundo.

—Sin embargo, a mí me afectó igual que me está afectando el de María Gatling. ¡Qué tontería! Yo mismo reconozco que no tiene lógica, pero, sin embargo, he vuelto aquí por verla a ella tanto como por verla a usted.

Los ojos de la muchacha se ensombrecieron un momento.

Un pensamiento oscuro parecía haber pasado por su mente, un pensamiento que, sin embargo, no concretó.

—Ya le he dicho que terminaría conquistándolo —dijo—. Es capaz de asesinarle después de muerta. Tendría gracia, ¿verdad? «El penúltimo crimen de María Gatling»… Eso es lo que dirían los periódicos. Porque después de usted vendría al menos otro, o quizá muchos más. En fin, dejémonos de fantasías. Yo estoy aquí solamente para aprender la técnica del retrato. ¿Me invita a una copa?

Norton la invitó, naturalmente, y así fue cómo supo que la chica se llamaba Yolanda. Así fue cómo supo que tenía un apartamento en Richmond. Así fue cómo supo que ella, a veces, también se aburría mucho y necesitaba hablar con alguien.

Dos días más tarde se vieron en él apartamento de la muchacha. Dos días más tarde fue como si para Norton la vida empezara otra vez.

Nada más había ocurrido en el apartamento de Narrow y sus dos mujeres. Por las noches, cuando lo oteaba desde la terraza, sólo distinguía las tinieblas.

Mejor.

Seguro que había estado soñando cuando con los prismáticos creyó ver todas aquellas cosas…

Capítulo V

UN día después de su primer encuentro con Yolanda en el apartamento de Richmond, Norton volvió a telefonearle, pero nadie contestó al otro lado de la línea. Fue al museo y tampoco la encontró. Nadie trabajaba delante del retrato de María Gatling, que parecía mirar al vacío con expresión más enigmática que nunca.

Norton hizo un gesto de extrañeza. Parecía como si a Yolanda se la hubieran tragado las sombras.

Pensó que quizá estaba enferma y se dirigió entonces á Richmond. Tomó un taxi y lo hizo detenerse ante el edificio de apartamentos en que vivía la muchacha. Era un edificio grande, bastante destartalado, donde los apartamentos se alquilaban a veces por semanas y donde, por lo tanto, nadie se conocía. El conserje no se molestaba en preguntar ni aunque viese pasar un elefante del brazo de una vieja. Para encontrarse con alguien, aquél era el sitio casi ideal.

Norton se detuvo ante aquella puerta que ya conocía, la puerta que ya había atravesado una vez.

Pulsó el timbre.

Silencio.

Más allá de la hoja de madera sólo parecían palpitar las sombras.

Pensando que la muchacha quizá se había marchado de Nueva York (aunque temiendo también que pudiera haberle ocurrido un accidente), Norton decidió hacer lo mismo que había hecho en el apartamento de Narrow. Extrajo un alambre, formó una ganzúa y violentó la cerradura. Esta vez necesitó apenas un minuto, quizá porque ya iba adquiriendo práctica.

No distinguió apenas nada en el interior.

Las ventanas estaban cerradas.

Un olor cargado y húmedo flotaba en el aire, ese olor especial de los sitios donde no vive nadie. El joven cerró a su espalda. Avanzó.

Otra vez le había acometido aquella brusca sensación de irrealidad, la sensación de vivir en un planeta que no era el suyo.

De todos modos los muebles y los objetos, el ambiente y la casa estaban igual que cuando él vino por primera vez.

¿Igual?

¿Entonces qué hacían allí aquellas dos litografías? ¿Por qué estaba reproducido dos veces a gran tamaño el retrato de María Gatling?

Norton se estremeció.

Sintió otra vez en la espalda el frío de la muerte.

Y entonces vio aquellas dos manchas en la pared. Vio aquellas dos manchas dramáticas de los diez dedos impregnados en sangre.

Capítulo VI

LOS ojos de Norton giraron lentamente dentro de sus cuencas.

Notaba como un pinchazo en la nuca. Sus pies parecían estar posados en un suelo que no era de este mundo.

Se acercó a aquellas manchas y pudo ver que correspondían a las manos de alguien que se hubiera apoyado angustiosamente allí mientras se desangraba. Al hacer descender su mirada, vio que la alfombra del suelo estaba también materialmente impregnada de coágulos. La persona herida había tratado de huir por allí mientras dejaba por todas partes el rastro de su sangre.

No se daba cuenta, pero de pronto sus facciones habían adquirido el raro aspecto de las facciones de un cadáver.

El miedo que sintió no fue por él, sino por Yolanda. Pues no le cupo la menor duda de que era ella la persona asesinada. Por eso no contestaba al teléfono y por eso no había acudido al museo. En aquellos momentos no era ya más que una muerta.

Las manchas de sangre y los coágulos debían tener un día de antigüedad. Yolanda llevaba, pues, veinticuatro horas aproximadamente convertida en un cadáver.

Norton avanzó casi sin rozar el suelo.

Sus ojos fueron siguiendo el rastro de aquella sangre.

El rastro terminaba en una puerta. La entreabrió un poco.

Era el dormitorio donde él había estado el día anterior. Lo conocía bien. Vio la alfombra de dibujos azules. Vio ligeramente el borde de la cama.

Y un pie humano.

Sólo distinguía la planta, pero era bastante. Se trataba de un pie humano blanco y yerto. No tuvo la menor duda de que se trataba del cadáver de Yolanda, pero le faltó valor para ver el resto. Poco a poco, andando como un fantasma, fue hacia el lugar donde estaba el teléfono.

Era un ángulo, junto a la pequeña cocina.

Lo descolgó.

Fue a marcar el número del Precinto más próximo.

Y de pronto vio aquella sombra que pasaba por el otro lado de los cristales. Una mampara semitransparente separaba aquella parte de la casa de la pequeña zona destinada a comedor, y por detrás de la mampara se deslizó la sombra. Norton quedó absolutamente atónito. Porque estaba seguro de que se trataba de la sombra de… ¡de una mujer!

¿Yolanda?

¿Era posible?

¿Pero entonces a quién correspondía la planta del pie que él había descubierto en el dormitorio?

Colgó el teléfono en silencio y fue poco a poco hacia allí. Otra vez sentía como si todo aquello no le sucediera a él, como si fuese algo irreal y él

estuviera pisando el suelo de otro planeta.

Empujó la puerta.

Y entonces vio el resto del cadáver. Entonces se dio cuenta de que no pertenecía a una mujer, sino… ¡a un hombre! ¡Era un hombre el asesinado! ¡Aún tenía las manos impregnadas de sangre…!

Los ojos de Norton se dilataron.

Era tal el asombro que sentía que pareció como si su cerebro no funcionara durante largos instantes. Pero eso no le impidió darse cuenta de que se trataba de un hombre joven, que había sido atractivo, que no llevaba nada encima… y que presentaba los orificios de dos terribles cuchilladas en la espalda.

La garganta de Norton se había convertido en una especie de cosa rígida.

Apenas podía respirar.

No era miedo lo que sentía, ni mucho menos, sino asombro. No entendía absolutamente nada. Porque si aquel hombre estaba allí, eso significaba que lo había matado… ¡Yolanda!

Sintió otra vez aquella cosa fría en la nuca.

Como si una lucecita de alarma se encendiera en el fondo de su cráneo.

Y entonces vio a Yolanda tras él. Yolanda tenía un aspecto distinto esta mañana, un aspecto que la hacía parecer casi irreal, pero también más bonita. A juzgar por su vestido, no cabía duda de que era la sombra que él acababa de ver detrás de la mampara. Llevaba una bata de seda casi transparente, unos zapatos de alto tacón y un par de prendas íntimas. Puesta como anuncio en una corsetería, hubiera hecho que las ventas se multiplicasen por diez en menos de una semana.

Sonreía.

No parecía inmutarse en absoluto por lo que estaba viendo Norton. Por el horror que acababa de descubrir. Con voz pastosa preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Ya no tienes el mismo entusiasmo que ayer? ¿Ya no me besas…?

Y tendió sus labios hacia él.

Eran unos labios gordezuelos y ávidos, unos labios donde palpitaba la vida, pero donde palpitaba también algo que helaba la sangre.

Norton quedó quieto mientras ella avanzaba.

Era como si Yolanda le hipnotizase.

Porque el misterio de aquella mujer no estaba en sus labios, sino en sus ojos. Porque había en ellos algo que le recordaba no sabía qué… ¿O quizá lo sabía? ¿Quizá había visto antes aquella mirada?

¿Por qué Norton pensó en la Viuda Negra?

¿Por qué pensó en el misterio de María Gatling?

Ella bisbiseó:

—Bésame…

Seguía tendiéndole los labios, seguía tendiéndole aquel soplo de vida que palpitaba en ellos, pero John Norton ya había penetrado en el mundo del horror, ya sabía lo que existía detrás de las puertas cerradas. Ahora se daba

cuenta de que la mujer que estaba frente a él… ¡no era Yolanda, sino María Gatling!

Claro que tenía el cuerpo de Yolanda.

¿Pero eso qué importaba? ¿Era la voluntad de Yolanda la que la acercaba a él? ¿Eran aquellos realmente sus ojos?

Aquel pensamiento que parecía brotar del otro mundo se hincó hasta el fondo del cerebro de Norton: el hombre que yacía muerto a pocos pasos había sido atraído hacia allí por Yolanda, había podido amarla y luego se había dejado en la alfombra y en las paredes hasta la última gota de sangre. Lo mismo que iba a ocurrirle a él… ¡Lo que tenía preparado si cedía a la tentación de aquellos labios!

Ella insistió:

—Bésame…

Y de pronto, cuando Norton daba aquel paso atrás, apareció el cuchillo. Norton no lo sabía, pero fue el paso atrás lo que le salvó. El cuchillo rebrilló en el aire unas décimas de segundo. Al apartarse él, se clavó en la jamba derecha de la puerta con un crujido siniestro.

Los dientes de Yolanda rechinaron.

De pronto no parecían los mismos.

Eran como los dientes afilados y amarillos de una hiena.

Norton hubiera podido esquivar fácilmente la próxima acometida, e incluso derribar a la muchacha de un puntapié, pero en este momento sus músculos heridos no respondían. Le era difícil incluso saltar. De modo que tuvo que apoyarse en la pared mientras ella, tras desclavar el cuchillo, le embestía de nuevo.

Por suerte para él, Norton conservaba su cintura.

Era lo único que podía mover con una cierta flexibilidad.

Y un corredor profesional de motos debe tenerla, porque a veces domina la máquina con ella. La forma de esquivar que Norton tuvo moviendo simplemente la cintura, fue magistral. La mujer pasó junto a él mientras decía algo con voz ronca.

Norton quiso frenarla.

Le aplicó una zancadilla. No tenía otro remedio. Pensó que así la obligaría a caer sobre la cama.

Pero Yolanda llevaba demasiado impulso para quedar frenada en pocas yardas. Además resbaló con la masa de sangre coagulada que impregnaba el suelo. Lanzó un grito mientras salía despedida hacia adelante, igual que si una mano monstruosa la hubiera empujado.

Norton también lanzó un grito.

Se daba cuenta del peligro.

Pero no pudo evitarlo. Sus músculos fallaron mientras intentaba saltar para sujetarla. Los dedos se crisparon en el aire y fue él quien estuvo a punto de derrumbarse sobre la cama.

Yolanda había tropezado con la ventana del dormitorio. Esta era muy baja,

de modo que formaba como un mirador cuyo borde inferior quedaba a la altura de las rodillas.

Los cristales saltaron hechos añicos.

El grito llenó la casa.

Mientras Yolanda saltaba al vacío, el joven sintió en su propia garganta el chasquido del horror. Resbaló él también hasta la ventana en un desesperado intento para sujetarla.

Vio cómo el cuerpo daba una trágica voltereta en el aire.

Eran unos doce pisos.

Una altura que no resultaba exagerada para Nueva York, pero que basta para deshacer cualquier cuerpo humano.

Norton tuvo que apoyarse en la pared.

Aquella especie de estallido que produjo contra el suelo la espléndida figura de Yolanda hizo que sintiera hasta en el fondo de sus ojos el impacto de la muerte.

Balbució:

—Dios santo…

No sabía qué pensar, no sabía qué hacer.

Pero una cosa estaba clara, y hasta el más tonto la hubiera comprendido: no podía exponerse a que desde la calle le vieran apoyado en aquella ventana, que resultaba muy fácil de identificar por los cristales rotos. Y encima, por si algo faltara, había allí el cuerpo de un hombre que ya empezaba a descomponerse.

Necesitaba escapar.

Eso no iba a ser fácil con sus piernas heridas, pero tenía que intentarlo. De modo que se apartó de la ventana, fue hacia la puerta del piso y la abrió.

Su instinto le dijo que no tenía que bajar demasiado pronto, sino que debía intentar confundirse con la gente. Tenía la ventaja de que el conserje no sabía que él había ido a aquel apartamento.

Buscó la escalera de emergencia.

Una vez en ella subió al piso superior. Confiaba en encontrarse con alguien, en poder unirse a las personas que acudirían sin duda para saber qué había pasado.

Y tuvo suerte.

Había al menos cien personas allí. Todas se apelotonaban en una pequeña sala de conferencias que apenas podía contener cincuenta cuerpos humanos. Un hombre vestido con una guerrera tipo Mao gritaba:

«…Y el trabajo físico en el campo nos redimirá de nuestras culpas psicológicas. Nos convertirá en hombres fieles al espíritu eterno de las cosas. Nos hará comprender la verdad de la vida y la verdad del pueblo. Nos desviará de las falsas rutas de la soberbia y la apatía. Nos transformará en ciudadanos útiles que piensen colectivamente…»

Una nutrida salva de aplausos acogió las últimas palabras del orador.

Norton estaba pasmado.

No acababa de entenderlo.

Pero suspiró con alivio cuando vio que un gran cartel en el pasillo decía: «Sección Local del Partido Comunista pro-chino. Jornada del camarada Mao».

Era un discurso político.

Y por lo visto terminaba, porque todos los presentes prorrumpieron en vivas. Inmediatamente se dispersaron, y para hacer ejercicio físico no emplearon los ascensores sino que usaron la escalera de emergencia. Nadie se fijó en Norton, que fue engullido por aquella especie de marea humana. Para todos los que descendían, era un camarada más de los que habían asistido al acto político.

Cuando llegaron abajo (a Norton le dolían terriblemente las piernas) la policía había llegado ya. Intentó controlar a todos los que salían.

Pero pronto empezaron los mamporros.

Los maoístas gritaban:

—¡Ya está aquí la opresión! ¡Tratan de hundir nuestros derechos!

—¡No podemos ni reunimos!

—¡Vamos a por ellos, muchachos!

—¡El futuro está en nuestras manos!

Aparecieron instantáneamente una serie de libros rojos. Los policías, que no buscaban aquello ni mucho menos, fueron arrollados. Norton se encontró en la calle sin saber cómo, mientras aparecían pancartas y sobre el cadáver de Yolanda volaban algunas octavillas. Sobre su cuerpo roto y bañado en sangre flotaron los pensamientos de Mao.

Norton miró aterrado aquella ciudad desconocida y que volvía a parecerle de otro planeta. Miró las calles rectas y que se perdían en el infinito. Vio las pancartas y las banderas rojas. Toda aquella realidad le envolvió.

Pero también flotaba aquella atmósfera irreal, aquella especie de aire del otro mundo. Le bastó mirar de nuevo el cuerpo de Yolanda para darse cuenta *de que no podía ser*. De que quizá no era Yolanda realmente. De que en todo aquello había algo mágico, increíble, fantasmal, que vulneraba todas las reglas del pensamiento humano.

Un policía se acercó a él.

—Vamos, circule… Circule…

Norton se alejó arrastrando los pies. Estaba claro que nadie sospechaba de él. Incluso alguien debía pensar seguramente que la muchacha muerta en la calle había sido abatida durante un enfrentamiento armado.

Sentía que se mareaba.

Al empujar de nuevo la puerta de lo que podía considerar su hogar, tuvo una terrible náusea.

Capítulo VII

LAS piernas…

Aquellas piernas hubiesen sido una auténtica maravilla caso de no estar envueltas en las feas y gruesas medias de algodón. Hubieran sido perfectas caso de no calzarse su dueña con zapatos bajos, como si intencionadamente quisiera afearlas.

Los ojos…

Aquellos ojos hubieran sido uno de los atractivos turísticos de la ciudad caso de no tener siempre flotando aquella mirada entre desconcertante y desdeñosa.

Los labios…

Aquellos labios hubieran resumido la quintaesencia del beso de no estar plegados continuamente en Una mueca de indiferencia, dibujando una línea áspera y que demostraba lo seca que a veces puede ser una mujer.

Norton miró a su enfermera.

Pensó que era una lástima que una chica así, tan maravillosa, tuviese aquel nulo interés en ser atractiva. Pero al menos servía para borrar sus pesadillas, de modo que dijo con un soplo de voz:

—Señorita Margot…

—¿Ha salido usted, señor Norton?

—Sí, ya ve… Un ratito.

—Nadie puede garantizar su curación si no se somete usted a nuestras normas, señor Norton. Le tenemos prohibido…

—Sí, ya sé, ya sé… Pero mi *manager* me ha dicho que me conviene pasear.

—Lo que diga su *manager* no tiene ningún valor científico, señor Norton. No debe usted escucharle.

—De acuerdo, de acuerdo, pero es que yo también tenía ganas de estirar las piernas… ¡Uf! ¡Cómo estoy!

Y se derrumbó en una de las butacas, muy cerca de la terraza.

Margot le clavó una mirada llena de indiferencia.

—No parece que eso de estirar las piernas le haya sentada muy bien, señor Norton… Me maravilla ver lo listos que son ustedes, los hombres.

—¿Odia a los hombres?

—No —dijo ella.

—Pues cállese.

—No me ha dejado terminar —gruñó Margot—. No los odio, pero me son indiferentes. Y a veces eso es peor aún. Por mí se pueden morir todos.

—Ah…

—Vamos, desnúdese.

Lo dijo con la misma indiferencia que si pidiera a un perro que se quitase el bozal. Norton sabía lo que tenía que hacer. Resignadamente fue al cuarto de

baño, se quitó la ropa, poniéndose para sustituirla un *slip* de baño y salió a la terraza. Ella ya había preparado la mesa de masaje. Contempló la notable y armoniosa musculatura de Norton con la misma tranquilidad que si contemplara las ilustraciones de un libro de anatomía.

—Tiéndase —ordenó.

—Espero que no me atice tan fuerte hoy, ¿eh? —Yo sé lo que tengo que hacer. Y retorció de tal manera uno de los músculos pectorales de Norton que éste hizo:

—Mmmmmm…

—Así no se curará, señor Norton. En fin, de piernas para arriba se ha recuperado bastante. A ver… ¡Hum! Su tendón de Aquiles izquierdo aún está flojo. Tardará en recuperarse.

Le dio masaje con la misma indiferencia que si modelara una estatua. A Norton no le gustaba que le tocara una mujer tan guapa, porque aquello le daba una especie de vergüenza. Pero como tampoco se atrevía a pedir a la clínica que le cambiasen la enfermera, susurró:

—Señorita Margot…

—¿Qué?

—¿Usted da masajes a muchos hombres?

—Masaje científico, quede bien entendido. Tengo unas cuatro sesiones diarias.

—¿Cansadas?

Ella se encogió de hombros. Ni se dignó contestar. Como belleza era todo un monumento, pero como antipática poco le faltaba para serlo.

Norton insistió:

—Sí, ya pienso que debe cansarse… Tanta gente distinta, ¿verdad? ¿Y nunca ha sentido nada?

Ella le miró con sus ojos espantosamente vacíos, con sus ojos de pez muerto.

—¿Nada? —preguntó—. ¿De qué?

—Pues de… Bueno, no es lo mismo tocar un hombre que tocar un pedazo de piedra, digo yo.

—Para mí es lo mismo. Pché…

Y le pegó tal pellizco en el tendón lesionado que Norton casi dio un brinco en la mesa mientras gemía:

—Mmmmm…

Clavo entonces sus ojos en las ventanas de Narrow. Había intentado distraerse de su obsesión pero no podía. Volvía a tener en sus retinas las imágenes del hombre muerto, de Yolanda atacando, de Yolanda cayendo al vacío, de Yolanda bañándose en su propia sangre…

Margot se dignó preguntar:

—¿Qué le pasa, señor Narrow?

—¿Pasarme? ¿En qué sentido?

—Observo, en los días que llevo dándole masaje, que siempre mira hacia

el mismo lado. A veces incluso fuerza la cabeza para hacerlo. Siempre tiene los ojos clavados en aquel edificio. ¿Por qué precisamente ése? ¿Pasa algo con él?

—No —dijo suavemente Norton—. Es que allí vivía un amigo mío.

—¿Era amigo suyo el señor Narrow?

El joven tensó el cuello bruscamente.

—¿Qué sabe usted del señor Narrow, Margot?

—Nada, excepto que murió. Que se arrojó al vacío después de matar con un hacha a su esposa y a una familiar que vivía con ambos. Un mal final para un científico tan brillante como el señor Narrow.

—¿Tenía mucho mérito como hombre de ciencia?

—Yo creo que sí, aunque no soy una experta. Había llegado a conclusiones sorprendentes en el campo de la electrónica.

—¿Cosas sorprendentes? ¿En qué sentido…?

—Pues no sé… En realidad yo voy una simple aficionada, por lo que no puedo juzgar. Pero me he molestado en leer algunas cosas que se publicaron sobre él y quedé sorprendida.

—¿En qué aspecto…?

—El señor Narrow había llegado a extremos muy notables en la reproducción del sonido. Yo creo que hubiese ganado mucho dinero si, en lugar de dedicarse a la ciencia pura, se hubiese dedicado a fabricar micros para la Phillips o la Westinghouse, por ejemplo. O hasta quién sabe si a perfeccionar instrumentos musicales para las orquestas «pop». Pero en lugar de eso perseguía un sueño irrealizable y que al mismo tiempo, como todos los sueños, era maravilloso.

Norton arqueó una ceja. Ya no se acordaba del daño que ella le hacía al aplicarle el masaje cruelmente.

—¿Qué clase de sueño? —balbució.

—El sostenía que las vibraciones en las ondas se suceden ininterrumpidamente. Que llegan a ser infinitamente débiles, pero que de hecho no desaparecen. Por ejemplo la voz humana.

—La teoría no es tan nueva —dijo Norton—. Oí hablar de ella.

—Oh, claro… Tampoco el señor Narrow tenía la pretensión de haberla inventado él. Lo que pretendía era crear algo, conseguir un aparato lo bastante sensible para que ciertas voces interesantes para la humanidad, y que aún siguen vibrando, llegaran a hacerse oír otra vez. Por ejemplo la voz de Sócrates. ¿Imagina lo que sería oírla de nuevo? O la voz de Kant. O la de Napoleón. O las canciones de Nerón mientras ardía Roma. Y hasta la auténtica voz de Jesucristo.

La preciosa muñeca hasta se había emocionado al hablar. No, no era un témpano aquella maravilla de carne, pero no la hacían vibrar los hombres, sino la ciencia. Mientras seguía trabajando añadió:

—Claro que se enfrentaba a un imposible, según pienso. Más difícil que llegar a reproducir de nuevo esas voces debe ser distinguirlas. Un aparato de

esa clase captaría millones de palabras dispersas. ¿Quién sabe las que pertenecieron a cierto personaje? El *puzzle* sería gigantesco. Imposible de resolver.

—Eso me temo.

—Sin embargo, Narrow trabajaba incansablemente. Había hecho experimentos con unas frecuencias de onda increíbles. Y parece que entonces descubrió algo más.

—¿Qué…?

Ella se apartó un poco para tomar en sus dedos un poco de crema hidratante. Luego bisbiseó:

—Fue algo que no he acabado de creer nunca.

Norton se había inclinado un poco hacia adelante en la mesa de masaje, hasta el extremo de no dejar trabajar a Margot. La chica no se dio cuenta de eso porque también había interrumpido un momento su trabajo. Con voz velada, el corredor preguntó:

—¿Qué fue eso que descubrió Narrow y en lo que usted no puede creer? ¿De qué se trataba?

—Más o menos de esto —explicó ella pacientemente—. Del mismo modo que se conservan las voces, aunque sea terriblemente mezcladas y disminuidas, se conservan las imágenes. Lo de las voces ya lo ha comprendido usted: son vibraciones en las ondas que perduran durante siglos, según la teoría de Narrow. Lo de las imágenes es quizá algo más complicado, pero se entiende igualmente. Supongamos una figura humana que está en el campo y da la espalda al sol.

—Sí —dijo Norton—. Eso es sencillo de suponer.

—Esa persona proyectará en el suelo una sombra alargada. No hay ninguna duda, ¿verdad?

—Claro que no hay duda. Hasta aquí es elemental.

—Por consiguiente la luz del sol vibra en el campo de un determinado modo, puesto que sabemos que la luz es una vibración. Pero al tropezar con el hombre, y en el trozo que forma la figura de éste, vibra de otro modo, puesto que ya no proyecta la luz del sol, sino que proyecta sombra. ¿Me va entendiendo?

—Perfectamente —dijo Norton—. Exactamente dentro de los límites de la figura del hombre, la luz ha vibrado de distinto modo, puesto que no proyecta sol, sino sombra. La luz es de diferente calidad. No estamos hablando de ningún milagro, sino de uno de los fundamentos de la fotografía.

—Muy bien, veo que me sigue. Narrow llegó a la conclusión de que esas vibraciones distintas de la luz también se han conservado. Por ejemplo, si un coche pasa ahora por una avenida de Central Park, y proyecta en uno de los bancos su sombra, dentro de cincuenta años, si el banco existiera, sería posible fotografiar esa sombra, siempre y cuando tuviésemos una máquina especial, claro. Una especie de máquina del futuro por cuyo descubrimiento se estaba afanando apasionadamente Narrow.

—Pero…, en fin, eso sería relativamente sencillo si sobre el banco sólo se hubiera proyectado una sombra. Sin embargo nunca es así —dijo Norton—. Sobre un banco de Central Park se proyectan cada día miles y miles de sombras. ¿Cómo sería posible distinguir unas de otras?

—Cierto —dijo ella—. Pasará lo mismo que con las voces. Será un rompecabezas gigantesco, pero en este caso quizá más sencillo.

—¿Más sencillo?

—Sí, porque las voces no tienen unos límites geométricos perfectos y no pueden fotografiarse, aunque pueden ser medidas y recogidas en una especie de gráfico. Las sombras, en cambio, tendrán un dibujo. Serán más anchas, más delgadas, más altas o más bajas. Eso significa que, conociendo más o menos cómo era una persona, puedan recogerse mediante una máquina, es decir, *fotografiarse*, las imágenes que dejó en los sitios donde estuvo.

Norton había abierto mucho la boca.

Ya no se acordaba, del maldito masaje.

La verdad era que Margot tampoco se acordaba. Se miraban los dos fijamente, absortos en sus propios pensamientos. De repente, la casa donde había vivido Narrow, al otro lado de la calle, tomaba un aspecto distinto, como si mil espectros de otro tiempo les estuvieran espiando desde ella. Ella continuó:

—Para eso no se puede trabajar en el azar, por supuesto. Ocurre lo mismo que con las voces. Hay que ir a los sitios donde se sabe estuvieron los personajes. ¿Le puedo dar un ejemplo?

—Claro… Démelo.

—Imaginemos que buscamos la voz de Napoleón, la cual queremos oír de nuevo. Napoleón habló en miles de sitios, entre ellos Moscú durante el famoso incendio. Pero por Moscú han pasado luego millones de hombres con sus voces, y han sonado millones de disparos, de modo que jamás descubriremos entre aquel laberinto la voz que buscamos. En cambio todo será distinto si vamos a la isla de Santa Elena. Allí la voz de Napoleón se habrá conservado en las ondas con una perfecta pureza, y con la máquina que Narrow trataba de inventar, captaríamos sus palabras. Como sabemos muy aproximadamente lo que dijo allí, gracias a sus biógrafos, podremos saber que las palabras recogidas fueron las suyas.

Norton asintió con un gesto de cabeza.

Lo iba entendiendo todo perfectamente.

—Me doy cuenta de que todo consistiría en dar con el lugar adecuado —musitó—. Un sitio donde el personaje que queremos oír hablar otra vez haya estado casi solo.

—Naturalmente. Y con las imágenes ocurre igual.

Norton también entendía el camino que estaban siguiendo los pensamientos de la muchacha, pero musitó:

—¿Igual…?

—Cierto. Imaginemos que queremos oír de nuevo la voz del presidente

Theodore Roosevelt, que no figura grabada en ningún sitio. La buscaremos situando la máquina en la Casa Blanca, donde se habrá mezclado con muy pocas voces más. Y con su imagen ocurrirá lo mismo. Veremos las sombras (por lo menos las sombras) de los diversos presidentes que han estado allí. Y, sabiendo cómo eran, podremos identificarlas perfectamente. Hasta las veremos en movimiento. Por ejemplo, más de un siglo después de su muerte, veremos moverse al presidente Lincoln. Y a Franklin Delano Roosevelt. Y al general Eisenhower. Y a Kennedy.

Norton sentía una indefinible sensación de agobio.

No podía evitar que todo aquello le pareciera horrible, un siniestro, un espectacular baile de fantasmas.

Quizá Margot lo adivinó, porque se dispuso a seguir de nuevo con el masaje, mientras murmuraba:

—Estamos perdiendo el tiempo.

—No —dijo bruscamente él—. Un momento, por favor. Ya sé que usted es una simple aficionada, aunque a veces no lo parece, porque me doy cuenta de que se ha interesado por el tema y lo ha estudiado con cierta profundidad. ¿Usted cree que el cuadro de un determinado personaje también emite ondas?

—Oh, claro… Es evidente que un cuadro, una pintura por ejemplo, produce unas ciertas vibraciones cromáticas en la luz. Esas vibraciones llegan al ojo, que capta las formas y los colores. ¿Por qué una máquina como la que trataba de preparar Narrow no iba a recoger eso también? Supongamos que del Museo del Louvre de París retiran el famoso retrato de la Gioconda, que ha estado allí durante años y años, ¿no? Pues la máquina del doctor Narrow permitiría captarlo de nuevo. ¿Se da cuenta? En el sitio exacto donde la Gioconda producía unas ciertas vibraciones especiales de luz, la máquina podría captarlas de nuevo. No veríamos a la Gioconda con tanta perfección como en el original, claro, porque habría muchas «interferencias», pero sin duda llegaríamos a verla otra vez. Y ahora dejémonos de fantasías, señor Norton. Vamos a seguir con el masaje.

Norton se dejó caer de nuevo sobre la mesa.

Sintió de nuevo las manos de la mujer haciéndole daño, pero ahora no se quejó. En realidad, no se daba m cuenta. Con los ojos vueltos hacia la ventana de Narrow se dejó ganar por una muda, por una increíble sensación de horror.

Sabía que los fantasmas le estaban rodeando.

Que, de una forma inexplicable, venían a por él.

Que llevaban las manos teñidas en sangre.

Capítulo VIII

LO que hizo al día siguiente fue dirigirse de nuevo al museo donde había visto los retratos de Enrique VIII y de la asesina María Gatling. Caminaba como un sonámbulo, con la mirada perdida. Si uno de los que se habían maravillado con él en las carreras le hubiese visto en este momento habría pensado: «¡Pobre tipo! Ya no se recuperará. El golpe le ha debido dejar el cerebro en blanco…»

Una vez en el museo, se detuvo en el lugar donde eran vendidas las litografías de los cuadros expuestos. En realidad allí no se vendían litografías solamente, sino postales, catálogos, sellos para la correspondencia y materiales de dibujo y pintura para los estudiantes de Bellas Artes que iban al museo a trabajar. Se trataba en realidad de un pequeño establecimiento que debía dar un buen rendimiento económico, pero que estaba al cuidado de dos personas solamente. Una de esas dos personas era una niña de unos catorce años que en seguida saludó al joven por su nombre.

—Hola, señor Norton —dijo.

—¿Me conoces…?

—Sí, claro que sí. Vi fotos de su accidente en las re vistas. Yo soy un poco aficionada a las carreras de motos, ¿sabe? Luego leí que había venido a Nueva York, a recuperarse a una clínica.

—Cierto… —sonrió Norton, sintiéndose aliviado ante aquella cordialidad —. Y ya estoy muchísimo mejor.

—Cuando le vi —dijo la chica—, no estaba seguro de que fuese usted, pero luego me he ido fijando mejor. ¿Dice que ya se encuentra casi bien?

—Sí… No podría saltar este mostrador, por descontado, pero me he recuperado bastante.

—¿A qué viene a este museo, señor Norton? ¿Le interesan las reproducciones de obras de arte? ¿En qué puedo servirle?

El volvió a sonreír.

—En primer lugar me harías un favor si me dijeras cómo te llamas.

—Noemí.

—Veo que llevas el negocio muy bien…

—No lo llevo yo, sino el señor Jackson.

—¿Quién es el señor Jackson?

—El dueño.

Y le señaló. El tal señor Jackson era un tipo en el que Norton no se había fijado hasta entonces, pero que no le gustó en absoluto. Había en él algo indefinible, algo siniestro que no se podía describir. Debía tener unos cincuenta años y era absolutamente calvo, con la cabeza brillante como una bola de billar. Detrás de sus gafas, los ojos enormes no tenían expresión. Era como los de un pez muerto. Claro que también eran enormes los ojos de Noemí, por lo que Norton pensó si tendrían algún parentesco, aunque

realmente no se parecían en nada.
—¿Pariente tuyo? —musitó.
—Oh, no… Sólo mi jefe.
—¿El selecciona las litografías que hay que hacer?
—¿Por qué pregunta eso?
—Simple curiosidad —dijo Norton—. Reconozco que es una tontería. No me contestes si no quieres.
—Claro que puedo contestarle —dijo Noemí con un guiño de complicidad simpático—. El las elige, pero soy yo la que le digo cuáles son las que se venden más. Por lo tanto me hace caso. Si está usted interesado en alguna de esas litografías, puedo hacerle una rebaja, señor Norton. Ya le he dicho que soy una de sus admiradoras.
—No se trata de eso, aunque puede que me quede algunas. Sólo se trata de saber… En fin, reconozco que es una tontería. ¿Pero se han hecho muchas de Enrique VIII y de la asesina María Gatling?
—Unas cuantas, pero ésas se venden muy poco. Las personas que se las han llevado se podrían contar con los dedos de la mano.
—La señorita Yolanda fue una de ellas, ¿no?
—¿Quién es la señorita Yolanda?
—Precisamente una que copiaba el cuadro de María Gatling.
—Ah, sí… Una chica muy bonita. ¿Le gusta a usted, señor Norton? Lo raro es que hace algunos días que no la veo por aquí.
—Creo que…, que está de viaje —dijo él, tratando de mostrar indiferencia, mientras se daba cuenta de que se metía en un terreno resbaladizo—. Pero estamos hadando de algo que no tiene interés. Muchas gracias, Noemí. Has sido muy amable.
Le estrechó la mano y la chica le correspondió con una sonrisa. Fue entonces cuando Norton tuvo la brusca sensación de que alguien les estaba mirando. Volvió la cabeza y entonces sintió clavados en los suyos los ojos de pez muerto de Jackson.
Este le contemplaba con hostilidad desde detrás de los gruesos cristales de sus gafas.
Había en aquellos ojos algo indefinible, algo repulsivo y odioso, algo que le llegaba a helar a uno la sangre, aunque no supiera explicar las causas.
Su boca también estaba plegada en una mueca cruel.
Era la boca de una babosa. La boca de un hombre capaz de cualquier ruindad.
Su cabeza calva brillaba como el cráneo desnudo de una momia.
—¿Quiere usted algo, señor? —preguntó secamente.
—No, gracias —dijo Norton sintiendo un leve escalofrío—. Sólo hablaba con Noemí.
—La señorita Noemí tiene trabajo —gruñó él—. Hay que ordenar todo esto. Buenos días, señor.
Norton se alejó.

Sentía una honda repulsión y no sabía bien por qué.

Fue hacia los cuadros expuestos detrás de la tienda, pero no se alejó demasiado. De ese modo pudo oír, a través del delgado tabique de madera, lo que aquel tipo le decía a Noemí aprovechando que ahora no había clientes. Su repulsión y su náusea aumentaron de tal modo que estuvo a punto de lanzar un grito.

—No quiero que hables con desconocidos —decía la voz de Jackson, silbante como sería la de una serpiente, si las serpientes tuvieran voz—. Conmigo tan esquiva y con los demás tan amable.

—El señor Norton no es un desconocido. Es un famoso corredor motorista.

—No me importa. A él serías capaz de darle un beso, ¿no? Y en cambio a mí…

—Señor Jackson, yo nunca le he dado motivo para suponer que sea una cualquiera.

—Mandangas. Y no me vengas con el cuento de tus quince años. A tu edad hay chicas en las universidades y en según qué oficinas que ya saben más que Cleopatra.

—Yo no soy Cleopatra, señor Jackson. Y le ruego que me deje en paz.

—¿Pero por qué tienes que ser tan esquiva?

—Porque me da usted asco.

Chirriaron los dientes de Jackson. Eso fue claramente perceptible incluso a través del tabique de madera

—Si supiera al menos quiénes son tus padres… —dijo—. Si supiera al menos de dónde has venido, maldita zorra… Pero te encontré en la calle un día como si hubieras bajado de otro planeta y logré que me concedieran tu adopción. Si no fuese por eso, juro que te abandonaría. Si no fuera por las complicaciones legales, te plantaría en la calle otra vez; al fin y al cabo, es allí donde debes estar.

—Hágalo, señor Jackson. No pienso reclamar nada. Encontraré trabajo en otro sitio. Al fin y al cabo, lo que necesito y lo que quiero es librarme de su asquerosa presencia.

Otra vez chirriaron los dientes del hombre.

Pero en aquel momento la conversación cesó, porque había llegado un cliente. Noemí se apresuró a atenderle, abandonando las cercanías del repulsivo dueño de la tienda.

Norton estaba lívido.

Por un momento incluso había sentido la tentación de intervenir, aun a riesgo de armar un escándalo.

¿Pero qué se había creído aquel maldito y viscoso sobón? ¿Es que a los cincuenta años iba a perseguir a una niña de quince? ¿Por eso la había adoptado al en contraria? ¿Qué tinieblas se ocultaban en la mente de aquel hombre, para desear corromper a una niña de esa edad?

Porque además, Noemí ni siquiera era guapa.

Se trataba de una chica vulgar —simpática, eso sí—, pero al fin y al cabo

del montón.

¿Qué suplicios no tendría que aguantar la pobre chica si se veía obligada a vivir en la misma casa que aquel tipo viscoso?

Norton pensó incluso hacer una denuncia. El fiscal del distrito tendría algo que decir al enterarse de que un fulano de cincuenta años había adoptado a una niña de sólo quince para tratar de corromperla.

Pero sus pensamientos cambiaron en aquel momento.

Porque hasta él llegó la muerte.

La muerte envuelta en un puño de hierro.

Capítulo IX

A la persona que le salvó la vida, no la había visto Norton jamás. Se trataba de un hombrecillo que estaba eliminando unas manchas de humedad en las paredes y que no hubiera podido hacer nada por el joven caso de darse cuenta de *aquello* unos segundos más tarde.

Gritó:

—¡Cuidado!

Norton era un hombre de reacciones rápidas.

En las carreras de motos, cuando uno va lanzado a doscientos cincuenta kilómetros por hora sobre dos frágiles ruedas, tiene que tomar decisiones en milésimas de segundo. De otro modo no sobreviviría ni las dos primeras vueltas.

Eso fue lo que hizo que ahora se salvase. A pesar de no tener las piernas bien, logró flexionarlas y apartar el cuerpo mientras el inmenso puño de hierro venía hacia él.

En el primer instante, Norton no lo comprendió.

Le pareció como una visión de otro mundo.

Como si un gigante salido de la noche de los tiempos le atacara con su gigantesco puño de hierro.

Fue unos segundos después, al ver aquello caído en el suelo, cuando se dio cuenta de que era una gran barra metálica a cuyo extremo había una mano también metálica, que estaba materialmente rodeada de púas de hierro. Todo el armatoste resultaba pesadísimo, de modo que de haber caído sobre su cabeza —como iba a suceder al fin y al cabo— las púas le hubieran penetrado hasta el fondo del cerebro, dejándole muerto en el acto.

Norton recordó también entonces haber visto antes aquel artefacto. Estaba con otros objetos antiguos (parte de los cuales eran viejas armas) en un rincón del museo, mientras eran eliminadas las manchas de humedad. Casualmente, la más peligrosa de aquellas armas había caído.

¿Casualmente?

¿Era de verdad así…?

El hombre que estaba junto al resto de las armas era alto y grueso, con el pelo cortado al cepillo. Tenía un algo indefectible de gendarme austríaco. Sus ojos grises y hostiles miraban a Norton con expresión odiosa, como si lamentara no verlo muerto.

—Perdone —dijo—. Ha sido una distracción.

—¿Ha sido usted el que ha empujado ese armatoste?

—Sin querer, naturalmente. No pretenderá usted que he tratado de asesinarle, ¿verdad? Nunca le había visto. ¿Por qué iba a querer matarle?

Cierto. ¿Por qué iba a matarle aquel tipo con el que Norton no se había encontrado jamás? Pero estaban ocurriendo demasiadas cosas inexplicables para que el joven le creyera, de modo que susurró:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Nabert.

—¿Y qué hace aquí?

—Copio un cuadro. Oiga…, no pretenderá cursar una denuncia, ¿eh? Porque si se trata de eso, le advierto que no voy a estarme quieto. Dispongo de los mejores abogados del país, aunque no lo crea. Y le juro que lo lamentará si se atreve a mover un dedo contra mí o a molestarme en lo más mínimo.

Norton hizo una indefinible mueca de asco.

Así como en Jackson había algo de viscoso y siniestro, en este otro hombre había algo de despótico, de dominador implacable, de tiránico. Bastaba mirar aquellos ojos insolentes para darse cuenta de que su dueño se creía el rey del mundo y el centro del universo.

—Puede que curse una denuncia —dijo Norton—. Pero no ahora. Lo pensaré.

—Le advierto que ha sido algo inadvertido. He rozado ese cacharro y ha caído sin que me diera cuenta. Pero si trata de molestarme, le juro que…

Norton hizo un gesto de indiferencia.

—Déjelo —gruñó—. Váyase al diablo.

Y se alejó hacia el fondo del museo, después de dar las gracias con la mirada al hombrecillo que acababa de salvarle la vida. Estuvo viendo unas cuantas obras y luego se dirigió hacia la salida.

Distinguió a Noemí vendiendo unas litografías. Jackson, su jefe, ordenaba el material al fondo de la tienda.

Pero también vio Norton algo más. Vio, por ejemplo a Nabert, que copiaba uno de los retratos expuestos. Aquel retrato era el de Adolfo Hitler.

Un cúmulo de pensamientos asaltó al joven.

Cada vez lo entendía menos.

Pero quieto allí, en el centro del museo, sintió que todo le daba vueltas en torno suyo. Sintió que se enfrentaba a algo inexplicable, a algo que no podría aclarar jamás.

Sintió que acababa de penetrar en un mundo dentro de cuyas fronteras se volvería loco.

Fue como un sonámbulo hacia el mostrador detrás del cual estaba trabajando Noemí.

La chiquilla le sonrió.

—¿Qué tal, señor Norton? ¿Es cierto lo que me han dicho que acaba de tener un accidente?

—Sí, pero ha sido algo sin importancia. Escucha… Quiero preguntarte algo.

—Diga, señor Norton.

—Aquel tipo que pinta el retrato de Hitler, ¿se llama Nabert?

—Sí. Viene aquí con frecuencia.

—¿Ha comprado litografías de ese cuadro?

—Sí. Dos.

El joven se estremeció. Tampoco supo por qué.

—¿Dónde vive? —preguntó.

—No lo sé, pero puede encontrar su dirección en la guía telefónica. Creo que tiene una casa en Jersey City. Puede que en un sitio que se llama Avenida de Newark, o algo así, pero no estoy segura.

—¿Tienes una guía aquí?

—Claro, señor Norton.

El joven la consultó. En efecto, había un tal Nabert en la Avenida de Newark. Debía vivir solo en una casa, porque no había más teléfono que el suyo en aquel número. El joven lo anotó mentalmente, mientras se daba cuenta de que Jackson volvía a envolverles a ambos en una mirada odiosa.

—No te preocupes, Noemí —dijo en voz muy baja—. Si quieres, hablaré con el fiscal del Distrito. — ¿Es que ha oído lo que…?

—Sí.

La chiquilla había palidecido. Sin duda, tenía vergüenza.

—No he querido hacerlo —se disculpó Norton—. Ha sido una simple casualidad.

—No haga usted caso, señor Norton… —dijo Noemí tras morderse el labio inferior—. Sé cómo tener a raya a ese cerdo. Dentro de poco me iré de su lado, pero no quiero precipitarme…

—Cuenta conmigo en caso necesario, Noemí.

—Gracias, señor Norton.

Él se alejó.

Pensaba ir a la Avenida de Newark aquella misma tarde.

Quería saber si allí el sucio bicho que había tratado de matarle recibía consignas del otro mundo.

Capítulo X

EL sitio en el que un taxi le dejó algunas horas después era una zona casi deshabitada y donde parecía imposible que viviese nadie. A primera vista también parecía imposible que aquello pudiera tener alguna relación —ni siquiera remota— con lo que habían hablado Margot y él. Es decir, alguna relación con las sombras y las voces que se perpetuaban en el infinito a través de las ondas.

La Avenida de Newark terminaba en el número 200, y él llevaba anotado el 312. Más allá del 200 no había más que algunos campos de golf entre los que serpenteaban unos cuantos senderos. A lo lejos se distinguía la mole de un viejo campo de rugby que tenía todo el aspecto de estar abandonado.

No era fácil que Nabert viviese allí.

En un campo de rugby abandonado, tan lejos de cualquier sitio donde pudiera darse importancia. Un hombre de tantas ínfulas como él necesitaba por lo menos un despacho de lujo en la Cuarta Avenida.

Pero de todos modos el joven fue hacia allí. Acababa de tener un pensamiento estremecedor, un pensamiento que no le gustaba. ¿En qué sitio de Nueva York podría posarse por ejemplo una nave que viniera de otro planeta?

Un viejo campo de deportes era un sitio casi ideal. Claro que resultaba absurdo pensar que Nabert tuviera relaciones con seres interplanetarios, pero de todos modos el joven no podía apartar aquel pensamiento de sí mientras avanzaba poco a poco. Nabert no le había visto nunca, y sin embargo, había adivinado que él era un elemento peligroso, un elemento que estaba haciendo investigaciones y que podía convertirse en un tipo molesto. Por eso había tratado de matarle. Pero en tal caso, ¿quién le dijo el mensaje? ¿Quién le transmitió el pensamiento? ¿No se podía pensar que tenía relaciones misteriosas con seres que no eran de este mundo, con seres que quizá le guiaban desde otro planeta?

Mientras Norton pensaba en todo esto llegó al viejo campo. En efecto, las gradas estaban medio ruinosas y los asientos rotos. En aquel campo no había tenido lugar un acontecimiento deportivo desde al menos veinte años atrás.

Pero, sin embargo, en el césped estaba ocurriendo algo asombroso.

Los ojos de Norton se desencajaron al verlo.

Al menos doscientos jóvenes vestidos de caqui, doscientos «camisas pardas» como los de las viejas milicias hitlerianas, formaban militarmente en el rectángulo. Nabert les dirigía la palabra. No se podía entender lo que decía, pero de vez en cuando los uniformados le coreaban con gritos de entusiasmo, todos pronunciados en el mismo tono, como si fuera una consigna. Y alzaban los brazos en forma de «V», o sea no imitando al viejo saludo nazi, sino haciendo una especie de señal de la victoria.

Norton estaba atónito.

Aquél era un verdadero grupo militar. Todos llevaban armas, y esas armas eran auténticas. Como en Estados Unidos uno puede comprar libremente aunque sea una ametralladora, a Nabert no le había costado nada armar aquel grupo de voluntarios con el cual podía hacer mucho trabajo, si sus miembros eran tan disciplinados como parecían.

Además, debía haber tenido complicidades.

Lo que el joven estaba viendo era realmente sensacional, y una foto de todo aquello hubiera causado auténtica sensación en el país. Porque al menos cuatro generales de altísima graduación estaban viendo el espectáculo.

Para que nadie les viese llegar al estadio, todos habían acudido allí en helicóptero. Eso explicaba la ausencia total de huellas en los caminos que conducían a aquel lugar. Los aparatos estaban alineados en las viejas pistas de atletismo, como para una revista militar. Guardianes armados los custodiaban.

Los labios de Norton temblaron.

Él no era norteamericano.

No le importaba lo que pudiera pasar en el inmenso país.

Pero se daba cuenta al mismo tiempo de que ninguna persona consciente puede encogerse de hombros ante lo que ocurra en uno de los tres colosos: Estados Unidos, Rusia o China. Un cambio de orientación en cualquiera de ellos podía originar una auténtica hecatombe mundial.

Y quizá el más vulnerable era Estados Unidos.

Allí ya existe casi un estado latente de guerra civil. Los dos ejércitos rivales están formados cada día en aceras opuestas. No necesitan uniformes para distinguirse, porque tienen distinto color de piel. Son los blancos y los negros. Los choques armados entre ambos ya son tantos que ya ni siquiera los publica la Prensa. Pero estremece pensar lo que podría ocurrir si un día esos dos ejércitos se lanzasen en verdad a la batalla. Hace estremecer pensar lo que sucedería si un grupo racista y carente de escrúpulos, apoyado además por altos militares, se lanzase, por ejemplo, a ametrallar a los negros de Harlem. Y, por lo que estaba viendo Norton, aquello no era tan imposible.

Se acercó un poco más.

Iba entendiendo algo las palabras de Nabert.

Este, que llevaba un uniforme parecido al de sus seguidores, pero lleno de medallas, pedía a gritos el poder. Según decía, el presidente Nixon era un traidor que estaba vendiendo a los auténticos blancos de Estados Unidos.

Por supuesto, Nabert podía decir lo que quisiera, pero con aquellos generales delante la cosa cambiaba mucho Ellos no podían consentir que se insultara delante de sus narices al jefe supremo del ejército. Si estaban allí y callaban era porque estaban de acuerdo con las palabras de Nabert.

En fin, se trataba de un auténtico complot.

De allí podía salir un motín para derrocar al presidente de Estados Unidos y para cambiar la política del país entero.

Cierto que a Norton no le importaba.

El ni siquiera era americano.

Pero tenía que recordar por fuerza una película que vio tiempo atrás, se titulaba *Siete días de mayo*, en la cual un grupo de generales, capitaneados en la pantalla por el actor Burt Lancaster, intentaban derrocar el gobierno civil del país. ¿Ocurriría allí lo mismo? ¿Estaba él asistiendo a un cambio decisivo en una de las tres naciones más poderosas de la tierra?

Fue a alejarse.

Haría bien en denunciar aquello.

Pero de pronto sucedió algo increíble, algo que en el primer momento no entendió y que probablemente no llegaría a entender jamás. Nabert no le veía, no podía verle. Entonces, ¿cómo sucedió aquello?

De pronto, Nabert giró la cabeza.

Parecía haber sido iluminado por una especie de rayo divino.

Señaló hacia donde estaba Norton y empezó a lanzar una serie de gritos guturales. Todos los uniformados volvieron la cabeza hacia allí.

Tampoco podían ver a Norton, por la sencilla razón de que éste se encontraba fuera del estadio, pero los exasperados gritos de Nabert les servían de guía. Todos giraron sus metralletas hacia allí.

Apretaron los gatillos.

Hacia la pared que cobijaba a Norton partió un huracán de fuego.

La situación podía parecerle increíble al joven, pero las balas eran una realidad. Silbaban por todas partes, y si aún no le habían alcanzado, era por la protección de la pared. En cuanto los seguidores de Nabert corrieran unos pasos para encañonarle de lleno entonces… Bueno, ¿qué quedaría de Norton cuando doscientos o trescientos proyectiles le hubieran alcanzado a la vez?

Los ojos del joven miraron desesperadamente en torno suyo.

No tenía escapatoria.

¡Y encima sus piernas no respondían bien! ¡Era incapaz de hacer una simple carrera de cien metros!

Varios hombres corrían hacia él. Las recias pisadas de sus botas altas atronaban el sendero. Habían dejado de disparar para hacerlo sobre seguro. Acribillarían materialmente a Norton en cuanto le viesen.

Este podía darse ya por muerto.

Y de pronto sus ojos desencajados vieron algo apoyado en una de las paredes. Era un artefacto muy familiar para él y en el que estaba su única posibilidad de salvación. Los metales cromados de la «Suzuki» todo terreno brillaban débilmente a la luz del crepúsculo. La moto estaba apenas a cien yardas, de forma que quizá consiguiera llegar a tiempo hasta ella.

Corrió desesperadamente.

Sus piernas fallaban.

Su columna vertebral, demasiado castigada después de las operaciones, parecía a punto de romperse.

Pero Norton dominó su dolor. La vida le iba en ello. Saltó hacia la moto mientras uno de sus perseguidores gritaba:

—¡Allí!

Norton no tenía preferencia por ningún sistema político, y la verdad era que jamás se había detenido a pensar demasiado tiempo sobre Adolfo Hitler. Lo consideraba ya parte de una historia que interesaba poco. Pero aquellos tipos que seguían a Nabert estaban locos. Iban a acribillarle sin pensar que él nada tenía que ver, que no era un enemigo y que ni siquiera había nacido en aquel país.

—¡Allí!

El grito se había repetido. Dos balas surcaron el espacio.

Por suerte para Norton, éste ya estaba poniendo en marcha la «Suzuki», teniéndola casi inclinada en el suelo. Las balas pasaron altas. Se inclinó sobre ella y dio un auténtico salto de caballo, saliendo disparado hacia las alturas.

Las ametralladoras tabletearon.

Se oyeron maldiciones unidas al estruendo de las balas.

Pero hacía falta mucha maestría para liquidar a un profesional como Norton. Encima de una buena máquina, éste cambiaba completamente. Parecía montar un caballo salvaje. Saltó hacia una vaguada que podía ocultarle y por cuyo fondo pasaba un arroyuelo de aguas turbias.

La parábola que trazó en el aire fue asombrosa.

Hasta los tiradores quedaron con la boca abierta.

Durante unas fracciones de segundo se olvidaron de disparar.

Nunca habían visto a un hombre que volase con una moto.

Norton cayó al fondo de la vaguada, mientras la nueva andanada también pasaba alta. Las ruedas se hundieron en el agua sucia, que le envolvió por completo. Sin embargo, no se detuvo y corrió por ella como hubiese corrido por la pista de carreras de Le Mans.

Mientras avanzaba por el cauce cenagoso, lanzaba chorros enormes de agua sucia, uno a cada lado de las ruedas. Parecía una máquina quitanieves, pero en lugar de lanzar nieve, lanzaba líquido marrón y barro. Completamente empapado, quedaba sin embargo oculto a las miradas de sus enemigos, que materialmente no podían verlo.

Sin embargo, estaban entrenados. Y lo demostraron.

Dividiéndose en dos grupos, uno de ellos batió la vaguada mientras el segundo ocupaba las tribunas altas del estadio, desde donde el cauce de las aguas sucias se veía perfectamente. Una vez allí enviaron una nube de plomo contra Norton.

Este sintió el silbido de las balas sobre su cabeza.

El sabor de la muerte le llegó hasta la garganta.

Pudo ver confusamente el sitio desde donde le tiraban y comprendió que no tenía salvación. No la tenía a menos que…

Levantó el manillar y dio rabiosamente gas.

Siguió demostrando que era un verdadero campeón.

La moto volvió a alzarse como si tuviera alas y salió de la vaguada instantáneamente. Un chorro de balas ocupó segundos después el sitio en que giraban las ruedas. Pero ni las ruedas ni el piloto estaban ya allí. Norton

patinaba ahora materialmente por una zona de hierba, haciendo que sólo unas centésimas de pulgada de las ruedas tocaran el suelo.

Jamás había actuado con una maestría así.

Jamás había rodado a tal velocidad y moviendo la moto de aquella manera, como si fuese un purasangre.

Sin embargo, los que estaban en la parte alta de la tribuna seguían teniéndole bajo el fuego, de modo que sólo necesitaban cambiar la dirección de las metralletas. Sorprendidos por la fantástica rapidez de Norton, no habían acertado con él aún, pero lo acribillarían en cuanto volviesen a batir la zona.

Ahora el joven estaba en lugar descubierto.

Y no podía volver a la vaguada, porque sus perseguidores ya se habían metido materialmente en ella.

Buscó desesperadamente con los ojos un árbol, un edificio, una pared que pudiera cobijarle, y no vio nada. Las balas volvieron a cercarle de tal modo, que dos radios de la rueda delantera saltaron por los aires. Entonces, Norton tuvo que jugárselo todo a una carta mientras lanzaba un grito de rabia.

Fue en línea recta hacia sus enemigos.

¡Voló hacia el estadio!

Las metralletas que ya le estaban siguiendo trazaron una especie de semicírculos. Las balas marcaron el terreno después del paso de sus ruedas y lo llenaron de cráteres. Todo el ambiente se llenó de nubecillas blancas y la Avenida de Newark se convirtió en un campo de batalla.

No era eso lo peor.

Un helicóptero se estaba elevando.

¡Desde él iban a acribillar a Norton!

Pero éste ya jugaba su última carta. Su decisiva, su desesperada carta.

¡Volaba hacia sus propios verdugos!

Estos no comprendían cómo no le habían acertado aún. Su movilidad era tan desconcertante que los trastornaba. Tan pronto apuntaban a un sitio como aquel diablo ya estaba en otro, saltando igual que un potro salvaje.

Y no era sólo eso.

Norton se había lanzado al máximo. El cuentakilómetros marcaba ciento noventa por hora.

Sólo un auténtico campeón podía dominar aquello. Sólo un coloso podía intentar lo que estaba realizando Norton.

Vio que tres hombres le cerraban el paso.

Los tres alzaban sus metralletas.

Aquella especie de visión macabra, aquella visión de la muerte duró sólo fracciones de segundo.

El joven alzó el manillar.

Sintió que todo daba vueltas en torno suyo.

Dominar la máquina a aquella velocidad era casi imposible, porque la había convertido en un avión. Los tres hombres dispararon, pero la infernal moto ya no estaba allí. Increíblemente acababa de pasar por encima de sus

cabezas.

Norton entró rugiendo en el estadio.

Los hombres que habían quedado allí corrieron en todas direcciones. Nadie entendía nada. Uno de los generales sacó una pistola, pero no pudo conseguir lo que no habían logrado las metralletas.

Norton voló materialmente sobre la hierba.

Ciento noventa… Doscientos… ¡Doscientos diez!

Era una locura.

El final del estadio ya estaba allí. Dos hombres se arrojaron al suelo.

La rueda delantera de la moto chocó con la cabeza de uno de aquellos hombres, y esa cabeza pareció estallar. Ni siquiera llegó a oírse un grito. Los pedazos de aquel cráneo humano volaron en todas direcciones mientras la rueda sufría una terrible sacudida y hacía cambiar por completo la dirección de la moto.

Esta patinó sobre la hierba.

Seguía yendo a doscientos diez.

Norton había perdido el control por completo, a pesar de su maestría, y sabía que iba a morir. Iba a estrellarse contra las tribunas. Las ametralladoras tableteaban desde todas partes, pero él no se daba ni cuenta. Aquello era como un vértigo, como un sueño del que despertaría cuando ya estuviera más allá de la muerte.

Vio entonces una portería con red.

Era una portería de fútbol que estaba más allá de la de rugby. Sin duda aún la empleaba alguien para entrenarse. Norton giró desesperadamente la rueda hacia allí, con una especie de espasmo mortal, mientras el mundo entero parecía girar en torno suyo.

Volvió a volar.

Y se hubiese matado sin remedio de no ser por aquella red contra la cual fue lanzado brutalmente. La arrancó y salió envuelto en ella como un gladiador apresado por su enemigo, perdida por completo la dirección otra vez. Pero al menos la red había amortiguado su impulso de tal forma que cuando cayó otra vez sobre la hierba, lo hizo blandamente, en lugar de hundirse en el suelo como un avión en barrena.

De todos modos, había escapado de un peligro para meterse en otro. Ahora estaba envuelto en la red. Era una presa terriblemente fácil para los enemigos que se acercaban por todas partes.

El propio Nabert aulló:

—¡MATADLEEEEE…!

Estaba fuera de sí. Que aquella especie de loco se burlara de él, uno de los futuros dueños del mundo, le sacaba de quicio.

Norton dio varias frenéticas vueltas dentro de la red, mientras tiraba de ella hacia arriba para intentar salir. Curiosamente, las balas de sus enemigos le ayudaron. Cortaron en mil pedazos diminutos la red que se amontonaba delante de la rueda delantera.

Norton salió de allí no supo cómo. De pronto se encontró rodando a una velocidad suicida por la hierba mientras las balas le segaban debajo de sus neumáticos. Pero se dio cuenta de que ya no podía rodar por terreno descubierto, ya que tenía el helicóptero encima de su cabeza. Una ráfaga de ametralladora pesada le avisó.

Sin duda Nabert no temía las consecuencias de todo aquello, porque debía contar con importantes complicidades. Lo único importante para él era matar como fuese a Norton. Y Norton se lanzó contra las tribunas aun sabiendo que todas las posibilidades estaban perdidas. Pero no iba a entregarse como una presa fácil.

Subió por las escaleras de hormigón entre los bancos de madera. La moto brincaba de tal modo que parecía tan loca como él. Los del helicóptero se situaron casi encima de su cabeza, mientras hacían girar la ametralladora.

Una ráfaga bestial desencajó una fila entera de asientos. Norton siguió subiendo con los dientes apretados y los ojos fuera de las órbitas. El helicóptero se situó materialmente encima suyo.

Nada menos que dos generales iban en él.

Querían asegurar bien su presa.

Todos miraban como enloquecidos a aquel diablo que se les escapaba.

Y fue eso lo que hizo que no se dieran cuenta de un peligro terrible. El andamiaje de la antigua tribuna cubierta aún existía, y las aspas del helicóptero iban directamente hacia ellas. El piloto sólo lo advirtió al escuchar aquel espantoso crujido encima de su cabeza. Fue entonces y sólo entonces cuando lanzaron todos un alarido de muerte.

El helicóptero pareció estallar en el aire. En realidad, había chocado contra los bancos de la tribuna, pero pareció deshacerse antes. Los cinco hombres que lo ocupaban se convirtieron en antorchas humanas. Sus terribles alaridos dominaron incluso el tableteo de las ametralladoras.

Norton se coló entonces por una de las escaleras de las entradas de la tribuna y descendió a saltos por ella. Minutos después estaba otra vez fuera del estadio sin que nadie se atreviera a perseguirle. La catástrofe que acababa de ocurrir había dejado sin respiración al propio Nabert.

Norton rodó ahora a poca velocidad por las calles de Jersey City —donde increíblemente el tiroteo no había llamado demasiado la atención— hasta acercarse al Hudson.

Fue allí donde un guardia de tráfico le detuvo.

—Tengo que multarle —dijo—. ¿Pero está loco? ¿Cómo puede circular así, si le falta la mitad de los radios a las ruedas de su moto?

—Pues es raro, agente —dijo Norton con expresión compungida—. Puede multarme, desde luego. Pero le aseguro que la máquina va estupenda…

Capítulo XI

LA sensación de pesadilla era espantosa.

Un aire irreal, un aire del Más Allá lo envolvía todo. Un quieto olor a muerte llenaba la habitación. Los fantasmas flotaban en ella con esa suavidad de los que acaban de salir de sus tumbas.

Norton tenía el cuerpo bañado en sudor.

Una especie de garra fría atenazaba su garganta. No podía respirar. Se daba cuenta de que aquello era la muerte, comprendía que su corazón iba a pararse de un momento a otro, pero sin embargo no podía hacer nada por evitarlo. Ni mover un dedo.

Narrow se acercaba a él.

Llegaba materialmente a rozarle, pero cuando parecía que la mano se posaba en la garganta de Norton, esa mano pasaba por el aire, junto a él, sin llegar a entrar en contacto con su piel. Luego Narrow se situaba junto a la pizarra y empezaba a hacer cálculos en ella.

El cuerpo de Norton seguía bañado en un sudor de muerte.

Los pulmones le estallaban.

Seguía sin poder respirar, hundido para siempre en aquella especie de infierno.

En su cerebro se entremezclaban los recuerdos mientras gemía roncamente.

Creía ver otra vez los titulares de los periódicos:

«Extraño accidente en el viejo estadio de la Avenida de Newark… Parece que una unidad militar semiclandestina realizaba ejercicios de tiro con fuego real… Los generales Adlai y Robinson muertos al estrellarse su helicóptero… El fiscal del distrito iniciará una investigación, pero parece que no van a pedirse responsabilidades…»

No era eso lo que angustiaba a Norton.

Sabía de una forma confusa que habían transcurrido dos días desde los frenéticos sucesos del estadio. Sabía que habían publicado la noticia todos los periódicos del país, pero no era eso lo que le importaba. Nadie le había denunciado y por lo tanto, nadie iba a venir contra él. Lo que le dejaba sin respiración, lo que hacía que su corazón se paralizara, era la presencia allí de Narrow.

Narrow terminaba de hacer los cálculos.

Se movía por la habitación y se acercaba de nuevo a Norton. Este sentía un espasmo de horror porque sabía bien que Narrow estaba muerto. Pero no podía moverse para huir, porque una fuerza terrible atenazaba sus brazos y sus piernas. No podía…

En aquel momento entraba la esposa de Narrow.

También flotaba en el aire.

Y Norton se estremecía de nuevo porque sabía que ella estaba muerta

igualmente. Narrow le daba un beso maquinal y rutinario, como tantas veces se lo había visto dar a través de la ventana, y ella desaparecía. Norton hubiese querido avisarle de algo y hacía un esfuerzo terrible para agitar los brazos, pero sus músculos seguían agarrotados y el aire seguía faltando a sus pulmones. Era entonces cuando entraba la otra muchacha, la de los libros de estudiante.

Los depositaba sobre una mesa.

Miraba a Narrow fijamente y ambos se besaban. Unidos en un estrecho abrazo, mientras sus labios se buscaban ansiosamente, caían sobre la cama. Norton veía de nuevo las hermosas piernas de la muchacha, pero le estremecía el horror. Porque sabía que ella era sólo una muerta… Una muerta… ¡UNA MUERTA!

Fue entonces cuando sus pulmones parecieron estallar del todo.

Se ahogaba materialmente.

Se llevó las manos a la garganta, sufriendo un espasmo.

Y en ese momento, otras manos sujetaron las suyas. Norton salió entonces de su terrible pesadilla. Abrió mucho los ojos mientras tenía la seguridad de encontrarse en el otro mundo.

Pero la cara que le estaba mirando no era una cara del otro mundo.

No cabía duda de que la chica estaba muy asustada.

Sin embargo, era bellísima. Tan endiabladamente bonita como jamás persona alguna se lo pareció a Norton.

Margot bisbiseó:

—Señor Norton…, ¿qué le pasa?

El miró como un alucinado en torno suyo.

Vio los muebles conocidos, vio el ambiente habitual de todos los días en su apartamento. Aunque ahora no era de día, sino de noche. Aunque las luces de Nueva York se extendían hasta el infinito, sobre la inmensa metrópoli se extendía la noche cargada de presagios.

Ella insistió:

—¿Qué le pasa, señor Norton?

—¿Dónde estoy?

—¿No lo ve? En su casa…

El pareció recobrar un poco la noción de las cosas, aunque seguía sin entender nada. Con un hilo de voz musitó:

—Es de noche…

—Sí, claro…

—¿Entonces qué hace usted aquí?

—Vine ayer durante el día, a la hora normal, pero usted había desaparecido. He vuelto esta mañana y tampoco estaba. Entonces me he decidido a venir por la noche, temiendo que hubiese podido ocurrirle algo.

—¿La han enviado desde la clínica?

—No. Lo he hecho por mi propia iniciativa.

—Entonces no sé cómo agradecérselo, Margot.

—No debe agradecerme nada. Simplemente quería cumplir con mi deber. Caso de no haberle encontrado esta noche, hubiese ido a la policía.

Él se levantó del diván en el que había estado tendido, tras darse cuenta de que iba completamente vestido, aunque con el nudo de la corbata deshecho. Aún sudaba copiosamente, pero su equilibrio se iba restableciendo porque ya respiraba bien. Fue hacia el lugar donde guardaba los licores y bebió con ansia un largo trago de whisky.

—¿Quiere?

—No, gracias —dijo Margot—, aunque puede que más adelante lo necesite. ¿Puedo saber qué le pasaba, señor Norton?

—¿Respecto a mi desaparición?

—Esa es una de las cosas que pretendo saber.

—He estado por ahí…

—¿Mujeres? —preguntó ella con voz despectiva.

—No.

—¿Pues qué?

—Simplemente eso. He estado por ahí…

En realidad, Norton no había ido a su apartamento por temor a que la policía le buscase, pero al ver que no ocurría nada se había vuelto a instalar en él.

—¿Qué le pasaba realmente?

—He vuelto a ver a Narrow.

—Increíble. Narrow está muerto…

—Por eso mismo la visión se ha transformado en una pesadilla. De otro modo no me hubiese afectado tanto.

—¿Lo ha visto o lo ha soñado?

—Esta vez debo haberlo soñado, pero en otras ocasiones lo había visto realmente.

Ella pestañeó.

—¿Se da cuenta de lo que dice, señor Norton?

—Por supuesto que me doy cuenta. Como me la estoy dando de que usted no me cree.

—Ni una palabra, señor Norton…

El suspiró con resignación.

Preparó un poco de whisky para la muchacha y él se sirvió otro generoso trago.

Sólo cuando hubieron bebido y permanecido un rato envueltos en un tenso silencio, él dijo con voz que reflejaba desaliento:

—Permita que se lo cuente todo, Margot. Esto ha de tener por fuerza una explicación lógica.

—¿Lógica?

—Ese es un punto que decidiremos entre los dos.

Y le narró todo lo sucedido desde que llegó a aquel apartamento y presenció las escenas en el apartamento de Narrow, creyendo que todo aquello

era normal y que no estaba viendo a unos muertos. Por supuesto, no explicó lo ocurrido en el estadio ni lo de la muerte de Yolanda. No dijo una palabra de lo del museo. En realidad sus explicaciones empezaron y terminaron con lo del apartamento de Narrow.

Lo cual, por sí sólo, ya resultaba bastante como para impresionar a una persona más asustadiza que Margot.

Esta, sin embargo, no hizo ningún comentario durante su relato. Le escuchaba con la mayor atención. Al final, cuando Norton hubo terminado, musitó:

—No me sorprende tanto.

—¿Por qué dice eso? ¿Es que cree haber encontrado una explicación?

—En parte. O al menos he intentado buscarla.

—Pues dígame lo que piensa, por todos los diablos… Hágalo antes de que me tire por la ventana como hizo él…

—Todo lo que usted ha visto sucedió realmente —dijo ella con perfecta naturalidad.

—¿Cuándo?

—Antes de que Narrow muriera.

—Pues entonces, ¿cómo lo he visto *después*?

—Si usted fuera más aficionado a ciertos enigmas de la ciencia lo habría adivinado tal vez —dijo ella con la misma naturalidad—. Yo, como le expliqué, me he preocupado mucho de las investigaciones de Narrow.

—Perfecto. ¿Pero cómo vi esas cosas después de que él ya no existiera? ¿Y después de que tampoco existieran su mujer y esa primita con la cual tenía sus condenadas aventuras?

—También ve una película de Marilyn Monroe y sin embargo ella está muerta —dijo Margot mientras acercaba el whisky a sus labios—. O una película de Clark Gable, o de Tyrone Power…

—Pero eso no era una película…

—Claro que no.

—¿Pues qué era?

—Imaginemos que un programa de televisión de los que serán normales en el año 2000 o quizá antes. Narrow había llegado a alcanzar casi esos adelantos, aunque en plan experimental.

—¿Qué trata de decir?

—Usted sabe que ahora, gracias al videotape, es posible «conservar» un programa y verlo en televisión cuando le convenga.

—Claro…

—Esa es la primera parte de las tres que forman el descubrimiento de Narrow, según he podido deducir por lo que me explica.

—¿Y cuáles son las otras dos?

—Vamos por la segunda. Usted sabe que, gracias al rayo láser, es posible obtener hoy fotografías «en relieve». Se trata de un descubrimiento modernísimo, pero que pronto se industrializará. Usted ve la fotografía no

plana, sino verdaderamente en relieve. De tal modo que si usted tiene delante la cara de un hombre vista de frente, le basta girar un poco la foto para verle el interior de las orejas. Es decir, la ve también de costado.

Norton había oído hablar de ese sistema. Precisamente pensaban emplearlo para los futuros carteles anunciadores de las carreras de motos.

—Muy bien —dijo—. ¿Cuál es la tercera parte del sistema?

—No estoy segura de nada, porque me limito a hacer deducciones —dijo Margot con voz débil—, pero supongo que las cosas marcharon como estoy diciendo. La tercera parte consiste en un aparato que el propio Narrow debió construir y que tenía sin duda en fase experimental. Ese aparato filmaría escenas como una cámara de televisión normal, las almacenaría como un videotape y las proyectaría automáticamente luego, usando el relieve. La sensación que las escenas producirían sería de un absoluto realismo.

—Pero allí no había ninguna pantalla… —protestó Norton—. Y los personajes iban de una habitación a otra… Incluso se sentaban y se tumbaban sobre los muebles auténticos que más tarde vi.

—Claro —dijo ella—. Es evidente que la televisión del futuro no tendrá pantalla. También es casi seguro que el cine del mañana no la tendrá. Eso ya no es tan nuevo. Hace años se ensayaron unos sistemas de proyección con tres cámaras que enviaban cada una al aire un componente de luz, de modo que esos tres componentes formaban la figura perfecta, pero no en la pantalla, sino en el aire, al alcance del espectador. Ahora el sistema se ha modernizado en una forma asombrosa, y con el invento de que le he hablado, es decir, aplicando el rayo láser, la sensación de relieve resultará total. Hay quien dice incluso que dentro de unos años podremos «tocar» a nuestras artistas favoritas.

Para Norton no resultaba desconocido nada de aquello, aunque nunca se lo habían explicado de ese modo. Con un hilo de voz preguntó:

—¿Cree que Narrow tenía ya un aparato de ésos, con el que se anticipaba ya al futuro?

—Estoy segura de que sí. Y el aparato grababa automáticamente, es decir, sin la intervención directa de Narrow. Por decirlo así, ese aparato estaba dotado de voluntad propia. También proyectaba automáticamente, y ha seguido proyectando incluso después de la muerte del hombre que lo creó.

Norton se volvió a secar las gotitas de sudor que ya estaban de nuevo en su frente.

—Por lo tanto, yo vi aquello de una forma real… —musitó.

—Ya le he dicho que sí.

—¿Pero por qué no lo vieron otros?

—Porque, dada la situación especial de las ventanas de ese apartamento, sólo pueden ser observadas desde esta terraza. Y encima, con prismáticos, porque de lo contrario no se distingue nada.

Norton estaba convencido.

Por supuesto que lo que la muchacha decía era una teoría simplemente,

pero se basaba en datos reales y en inventos que ya existían, de modo que no tenía por qué ser una teoría falsa. Mientras volvía a servirse un trago de whisky, musitó:

—¿Entonces piensa que ese aparato aún está allí?

—Yo casi lo juraría.

—Estuve en el apartamento. ¿Cómo es que no lo vi? —No debió fijarse, Norton. Por otra parte, es difícil reparar en un aparato que uno no conoce. ¿Abrió los armarios?

—No.

—Es posible que esté en uno de ellos. O detrás de un falso espejo… Sí, eso es. Detrás de un falso espejo. Eso le daría grandes facilidades para filmar sin que nadie lo supiese. En todo caso, podríamos averiguarlo.

—¿Cómo?

—Yendo allí —dijo ella.

—¿Quiere decir que yo podría entrar en ese apartamento otra vez?

—Los dos —corrigió Margot—, pero de día. Yo de noche no entro en un sitio así.

Norton apretó los labios. Una lucecita extraña había aparecido en sus ojos. Con voz que no parecía la normal en él, con voz que parecía llegar desde el fondo de otro ser humano musitó:

—Pues yo pienso que debo ir ahora. Todas esas apariciones las he visto de noche.

Y se puso en pie, dirigiéndose hacia la puerta.

La muchacha vaciló.

Parecía aterrorizada. Un aleteo de miedo vibró en sus ojos.

Pero le siguió como una sonámbula. Como una sombra.

O como una muerta.

Capítulo XII

PARA llamar menos la atención, se metieron por un callejón donde se apilaban cubos de basura y forzaron la puerta de servicio. Mejor dicho, la forzó Norton, porque ella no se atrevía a mover un dedo. Cuando la hubieron dejado atrás, se encontraron en las escaleras de emergencia.

No emplearon el ascensor para no llamar la atención de nadie.

Ascendieron a pie, sin hacer ni mucho menos el ruido que el ascensor hubiera hecho. Tuvieron que descansar varias veces, pero al fin llegaron casi sin aliento al que había sido apartamento de los Narrow.

Nuevamente el joven forzó la entrada.

Se comportaba con la seguridad de un ladrón profesional. Cuando hubo vencido la resistencia de la cerradura, penetraron los dos en aquel extraño imperio de las sombras.

Margot casi no respiraba.

Era evidente que la muchacha estaba dominada por el miedo. El miedo era tan intenso que le paralizaba los músculos.

Necesitó apoyarse en Norton.

Este se atrevió a encender las luces, pues ya tenía comprobado que sólo desde su terraza podían ser observados, y ahora no habría nadie en esa terraza para espiarles. El apartamento apareció normalmente ante sus ojos, sin que pareciera haber nada de misterioso o de especial en él.

Norton susurró:

—¿Lo ves? Todo es muy rutinario. De no ser esos dos retratos de Enrique VIII, nada me hubiese llamado la atención la primera vez que vine aquí.

—¿Y por qué los retratos de Enrique VIII? Supongo que te refieres a esas litografías.

—Sí, en efecto.

—¿Qué tienen de especial? ¿Por qué hubieron de llamarte la atención?

—Es algo que no puedo explicar ahora y que quizá no pueda explicar nunca. Es algo que no tiene sentido. Por el momento, olvídalo.

Ella fue a insistir en sus preguntas, porque las palabras de Norton habían aumentado la sensación de angustia que la dominaba. Pero de pronto algo vino a turbar sus pensamientos y a llamarle la atención de otro modo. Con un soplo de voz balbució:

—Norton…

—¿Qué?

—Mira…

Señalaba un espejo que estaba al fondo del pasillo Desde allí, por su especial situación, se dominaban todos los rincones inmediatos desde el dormitorio a la sala con tal de que las puertas estuviesen abiertas.

—Tiene que ser ahí —musitó ella—. Seguro que se trata de un falso espejo y la máquina está tras él.

—Pronto lo sabremos.

Norton se acercó.

Sin preocuparle el ruido, envolvió su puño derecho en el pañuelo y golpeó brutalmente aquel espejo.

Cuando saltó hecho pedazos, vio lo que había tras él. Se trataba de una pequeña habitación de dos metros por dos que quizá en otro tiempo fue un guardarropía Ahora estaba casi enteramente ocupada por una gran máquina que parecía un tomavistas de televisión, pero que tenía otros mecanismos acoplados. En primer lugar, giraba sobre una plataforma hidroneumática, que le permitía adoptar las más variadas posiciones. En segundo lugar, el sistema de lentes era mucho más perfecto que el de, una máquina de televisión normal. Norton no recordaba haber visto un sistema de «zoom» más complicado que aquél. Por fin, las dos cajas que contenían los mecanismos eléctricos y que estaban acopladas a la máquina, eran sencillamente inmensas.

Norton examinó atentamente aquellos aparatos.

El entendía de mecánica, pero no de óptica ni de alta electrónica. Porque no cabía duda de que aquel aparato era una auténtica máquina del futuro, una anticipación de las que se usarían en el siglo veintiuno. Podía filmar y grabar en cualquier posición y a la velocidad que hiciese falta. También regulaba automáticamente los enfoques, seleccionaba los planos y mezclaba los colores.

Era un ingenio absolutamente perfecto. Parecía dotado de cerebro propio.

Ahora bien, ¿cuándo funcionaba?

Porque en eso sí que no podía tener voluntad. ¿Qué era lo que la hacía ponerse en marcha?

Margot se estremeció.

De pronto dijo con un hilo de voz:

—Óyeme…

—¿Qué pasa?

—Está funcionando…

En efecto, se oía un levísimo, un suavísimo zumbido en el interior de la máquina. Vieron en seguida que ésta oscilaba para enfocarles mejor. El «zoom» se movía con lentitud para enfocar unos primeros planos.

La propia Margot, que era la que había notado aquel fenómeno, no acababa de entenderlo. El miedo la dominaba hasta el extremo de hacer castañear sus dientes.

Pero Norton susurró:

—Creo que voy entendiendo. La máquina se pone en funcionamiento apenas alguien pasa por delante de los visores. Narrow la tenía situada ahí y el tomavistas captaba prácticamente todo lo que ocurría en el apartamento.

—Es asombroso…

—No tan asombroso. El paso de una persona debía excitar una célula fotoeléctrica. Unas células similares dan la alarma nocturna en los Bancos y joyerías y abren automáticamente las puertas. No es nada nuevo.

—¿Y esta máquina podrá «emitir» luego las figuras en relieve y en color, de tal modo que parezca que pueden tocarse?

—No me cabe duda de que sí —dijo Norton—. Y esas emisiones fueron las que yo vi.

—Pero hay algo que sigo sin entender.

—¿De qué se trata?

—Ya tenemos la explicación de por qué la máquina filmaba automáticamente. ¿Pero qué es lo que la hacía proyectar?

—¿Quieres decir que para eso no servían las células fotoeléctricas? ¿Quieres decir que, al no pasar nadie por delante de los visores, no había motivo para que éstos funcionasen?

—Sí, eso quiero decir. No veo la razón de que esa máquina se pusiera a emitir automáticamente a través del espejo que tú acabas de romper.

—Puede haber un reloj —dijo Norton. Por ejemplo, una retransmisión cada doce horas.

—¿Viste tú siempre las imágenes a hora fija?

—No… Ahora me doy cuenta de que no. Realmente vi unas a una hora y otras a otra.

—Eso significa que no hay ningún sistema de reloj De todos modos, podemos comprobarlo.

Norton hizo un gesto de asentimiento. Desmontó una de las cajas, cuyo funcionamiento no acababa de entender, y miró los mecanismos de su interior. Sin duda se trataba de un sistema de control, pero no vio en él nada que le recordase a un reloj o que le hiciera pensar que aquello pudiera funcionar por horas. En cambio, vio un completísimo sistema de transistores que debían poner en funcionamiento el mecanismo de proyección. Pero aquello no se hacía manualmente, moviendo por ejemplo una clavija. Todo se ponía en funcionamiento mediante membranas vibrátiles que debían ser muy sensibles a una descarga eléctrica o a unas ondas de radio enviadas desde…, ¿desde dónde?

Norton había palidecido de nuevo.

Susurró:

—Entiendo lo suficiente de mecánica para saber que esto se pone en funcionamiento mediante ondas de radio. Es decir, una persona situada lejos puede hacer que la máquina que tenemos delante emita un «programa» por llamar de algún modo a lo que se ve entonces. Pero esas ondas de radio, ¿de dónde vienen? ¿Quién las controla?

La muchacha había palidecido también.

Dijo con un hilo de voz:

—Ya hemos visto bastante. Vámonos de aquí…

—No hemos visto nada, Margot. Especialmente puede decirse que no hemos visto nada mientras no sepamos de dónde venían las ondas de radio que hacían emitir a la máquina, y que sin duda no manejaba Narrow. El no pudo tocar esto después de muerto.

—Insisto en que… nos vayamos de aquí.
—Observo algo más —dijo Norton.
—¿Qué es?
—Fíjate en todos los mecanismos de esta máquina. Algunos llevan marca porque Narrow pudo comprarlos ya hechos. Otros no la llevan porque debió fabricarlos él mismo, ya que eran creaciones exclusivamente personales. Pero todas las piezas tienen algo en común: son de parecida calidad y de acabados similares, indicando que han sido compradas en el mismo sitio. Por ejemplo, fíjate en esos muelles y esas compuertas de acero. Todos son iguales. No hay duda de que Narrow compró los materiales en la misma fábrica y luego montó el aparato de acuerdo con su propia técnica. Pero fíjate en eso otro.
—Lo que…, ¿lo que hemos supuesto que es el controlador de emisiones?
—Sí. Lo que hace que este mecanismo emita sus «programas», es decir, lo que ha filmado y almacenado tiempo atrás. Todas las piezas son diferentes. No han sido compradas en el mismo sitio ni mucho menos. También diría que han sido montadas con mucha más imperfección. Es decir, se tenía un programa y se tenían conocimientos indispensables para este trabajo, pero la persona que lo hizo no disponía de unas manos tan hábiles como las de Narrow.
Margot había palidecido aún más. Bisbiseó:
—¿Quieres decir que… esa parte no la montó el pro pió Narrow?
—Yo diría que no. Por supuesto, no tengo pruebas, pero lo que acabo de observar es bastante elocuente. Yo diría que esta parte del mecanismo la montó otra persona.
—¿A espaldas de Narrow?
—Es muy posible.
—Pero…
—Sí, Margot, ya sé lo que estás pensando: que es sencillamente siniestro.
—¿Pero con qué objeto pudieron hacer eso?
—Probaban algo. Debían probar, por ejemplo, si es posible almacenar datos por medio de una cámara de éstas y luego asistir a la emisión en el momento conveniente. De este modo, esta máquina se transformaba en una especie de espía para «alguien». Supongamos que Narrow había filmado escenas que pensaba que sólo él podría ver. Y sin embargo, no era así: la máquina se ponía a retransmitir sin que él lo supiera. Y sigue retransmitiendo incluso después de estar muerto él. Imagina lo que sería un mecanismo de éstos instalado por ejemplo en un sitio secreto del Pentágono.
—¿Crees que puede tratarse de algo semejante al espionaje?
—Oh, no… Es algo más importante. En primer lugar, estoy seguro que se trata de un ensayo para un trabajo a escala mucho mayor. Con Narrow poco tenían que es piar. En segundo lugar, estoy seguro de que muy pocas personas en el mundo poseen conocimientos suficientes para hacer esto.
—¿Muy pocas personas en el mundo?
—Sí.

—¿Entonces insinúas que eran de…, *de otro*?

Norton no contestó.

Tenía las facciones contraídas.

Sus ojos entrecerrados miraban al vacío con una especie de estupor.

—Ya no sé qué pensar, Margot —bisbiseó al fin.

Se le notaba completamente hundido por sus propios pensamientos. Quizá sus ideas habían ido demasiado lejos y ya no podía dominarlas. Le costó un tremendo esfuerzo concretar un poco y murmurar:

—Es algo que habré de averiguar, Margot. Quizá estas piezas me sirvan de pista.

Volvió la cabeza.

Parecía como si quisiera ir a salir de allí.

Pero de pronto palideció mortalmente.

Bisbiseó:

—Margot…

Parecía a punto de perder el equilibrio de sus nervios. Por primera vez sus dedos temblaron.

—Margot… —repitió.

—¿Qué?

—Estoy seguro de que nos miran unos ojos…

Capítulo XIII

LOS dos giraron la cabeza.

Lo hicieron lentamente, como movidos por un resorte que no acabara de funcionar. Las vértebras de sus cuellos parecieron chirriar con aquel giro. Y entonces se dieron cuenta de que en la habitación contigua a aquella en que se encontraban *ocurría algo*.

No podían concretar qué era.

Pero veían moverse unas sombras.

Algo flotaba en el aire.

Era como si la habitación se hubiera llenado de fantasmas.

Por un momento Norton sintió que los músculos se le agarrotaron a causa de algo muy parecido al miedo. La sensación de estar en otro mundo fue tan intensa en él que temió por no poder resistirla.

Sus labios emitieron un débil estertor.

Margot había gritado.

Acababa de chillar desesperadamente, llevándose los dedos a la boca, pero nadie la oyó.

Ni arriba ni abajo vivía nadie. Aquello era como un mundo extraño y remoto en el que todo podía suceder.

Y lo cierto era que estaban rodeados de fantasmas. Raros espectros grises flotaban en el aire quieto. Envueltos en una luz espectral, pasaban junto a ellos y parecían enviarles su aliento del otro mundo.

Margot estaba completamente aterrada. No pudo resistirlo más.

Cayó de rodillas mientras de su garganta escapaba un sollozo.

En cambio Norton recobró la serenidad de pronto. Si los fantasmas estaban allí, tenía que verlos bien. Tenía que saber al menos de qué mundo venían, saber quiénes eran.

Apagó la luz.

Entonces la habitación se llenó de una claridad plateada. Era una luz espectral, como la que despiden las pantallas de televisión, pero más débil y más gris. Las figuras que se movían entre ella fueron entonces perfectamente reconocibles.

A unas las había visto Norton alguna vez. A otras no las había visto hasta ahora.

No cabía duda de que la máquina estaba retransmitiendo, pero estaba retransmitiendo *de una forma distinta*. Porque todas las personas que habían estado alguna vez en aquel apartamento flotaban ahora en el aire irreal de éste. Pero se trataba no sólo de las que habían estado allí después de instalarse la cámara, y que por lo tanto podían haber sido filmadas. También flotaban en el aire *las que habían estado antes.*

A Norton volvía a costarle el simple acto de respirar.

Veía cosas que jamás creyó llegar a ver.

Por ejemplo, unas formas confusas y grises de unos hombres que transportaban vigas y tablas y que se movían de una forma anormal, como si alisaran las paredes. Otros parecían subir hasta el techo y colgarse de las lámparas. Por fin había algunos que tendían los brazos como si barriesen.

Todas aquellas figuras se confundían, se entrecruzaban, se anulaban unas a otras, hasta que en ciertos momentos eran totalmente irreconocibles. Pero cuando se despegaban del conjunto, cuando cruzaban en solitario la habitación, sus límites se perfilaban como se perfilan en una pantalla de televisión cuando el cuadro se llena de interferencias. Entonces era posible reconocerlas, aunque confusamente.

Norton jamás había prestado tanta atención a unos movimientos, a unos perfiles, a unos gestos.

Se daba cuenta de que aquellos hombres tenían que ser los que construyeron el apartamento. Desde los albañiles hasta los lampistas, desde los pintores hasta los que enceraron el *parquet.*

Todos estaban allí.

Las variaciones que causaron en la luz cuando se movían realmente en aquel ambiente, habían sido captadas por la cámara.

Pero no eran sólo ellos, sino también Narrow y las dos mujeres. El joven los reconoció perfectamente. Como se reconoció a sí mismo, puesto que él también había entrado en otra ocasión.

Todos los que alguna vez se movieron en aquel aire habían sido *reconstruidos.*

Los vivos y los muertos.

Todos los fantasmas que quizá ya no existían, todos los que habían dejado atrás las penas de este mundo volvían a moverse en él y a repetir los gestos que tuvieron en vida.

Era una visión de aquelarre, era algo que producía un escalofrío hasta el fondo de la sangre.

Pero Norton vio algo más.

No fue sólo la cohorte de constructores del apartamento. No fueron sólo Narrow y las dos mujeres. No fue él mismo.

También vio algo más.

Lástima que fuese la figura más confusa.

Apenas se distinguía.

Y debía andar encorvada.

Pero la reconoció. 0 al menos Norton reconoció aquella calva brillante como una bola de billar y aquellas gafas tras las que estaban, redondos e inmensos, los ojos de pez muerto.

Norton se estremeció.

La figura avanzaba hacia él.

Seguro que andaba inclinada, porque le alcanzaba hasta la altura de los hombros. Prácticamente le rozó. Norton se dio cuenta de que él ocupaba el camino que aquella figura había recorrido con anterioridad.

Y de pronto sintió un brutal estremecimiento.

Porque la figura estaba entrando *dentro de él.*

Porque prácticamente le había atravesado al seguir avanzando.

La figura se detuvo junto a la máquina.

Era como si la viesen en una película gris y de figuras lejanas y borrosas.

Aquella figura llevaba algo en las manos y manipuló en la máquina. Estuvo allí largo rato. Fue imposible decir cuánto. ¿Minutos? ¿Horas? El tiempo no tenía sentido para Norton, que había perdido la noción de todo. Pero realmente quizá fueron tan sólo unos minutos lo que duró aquello hasta que la figura se fue haciendo más y más borrosa.

Desapareció por completo al fin.

El vacío se la tragó.

Norton paseó entonces la mirada en torno suyo y se dio cuenta, con una especie de horror, de que estaba envuelto por una masa negra. La luz entre plateada y gris se había extinguido. Ya no había sombras allí. La visión del otro mundo se había ido diluyendo hasta cesar por completo.

Miró en torno suyo, queriendo llamar a Margot, y se dio entonces cuenta de que la muchacha estaba en el suelo. No había podido resistirlo. Sus ojos muy abiertos miraban al vacío. Parecía muerta.

Poseído de un frío horror, Norton se inclinó sobre ella y le tomó el pulso. Notó que aún latía y eso le hizo exhalar un suspiro de alivio. Tomó en sus brazos el caído cuerpo de Margot, aunque las fuerzas le fallaron y sus piernas estuvieron a punto de ceder.

Tenía que sacarla de allí, tenía que librarla de aquel extraño infierno.

Pero cuando descendió las escaleras con su carga, sintiendo que todo vacilaba en torno suyo, Norton sentía, sin embargo, que había llegado al final del diabólico camino. Porque ahora Norton había logrado identificar al ser de ultratumba que movía los hilos de todo aquello. Porque ahora Norton… ¡SABIA!

Capítulo XIV

A la mañana siguiente, cuando las calles presentaban su animación habitual y cualquier idea de ultratumba hubiera parecido absurda, Norton volvió al apartamento que había sido de Narrow y que por lo visto no se había alquilado aún por orden del juez, el cual también debía haber dado orden de que no se tocase nada. Pero esa orden no rezaba para Norton, quien forzó la cerradura de nuevo con la mayor impunidad. Aquel trabajo, cada vez se le hacía más fácil. Entrar en el apartamento a la luz del día tampoco le causó ninguna impresión, porque todo tenía un aspecto completamente distinto del fantasmal aspecto que ofreció por la noche.

Valiéndose de sus conocimientos de mecánica, des montó a la perfección la parte del mecanismo que tanto le había llamado la atención por ser las piezas completamente distintas de las otras. Aquello pesaba bastante y resultaba difícil de disimular, por lo que tuvo que colocarlo en una gran caja y llevarlo a hombros A propósito, había ido en mangas de camisa y así podía parecer un hombre que efectuaba un reparto.

Nadie le hizo preguntas.

Norton sabía que destrozaba de nuevo sus castigados músculos y que estropeaba el resultado de tantos meses de clínica, pero no tenía más remedio que obrar así. Una vez en la calle, cargó la caja en una furgoneta que había alquilado y condujo hasta una de las más importantes oficinas de patentes que había en el mundo. Era la Hodgson. La conocía porque le habían patentado a él, a través de la oficina de Londres, un nuevo modelo de carburador que reducía el consumo de gasolina de las máquinas. Se hablaba de que pronto ese carburador sería adoptado por las famosas «Laverda», que consumen tanto como un coche de turismo.

Una vez allí se entrevistó con el jefe de patentes.

Un jefe de patentes de una oficina internacional de esa clase tiene que ser un pequeño sabio y tener además una memoria de elefante. Saber a primera vista si un procedimiento o una nueva invención son viables o son una simple copia, requiere una experiencia que sólo contadas personas llegan a tener. El jefe de la Hodgson era una de esas personas.

Conocía a Norton no sólo por la patente que él les presentó, sino por su fama mundial como corredor motociclista. Le atendió de una manera especial y puso todo su interés en aquel asunto.

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó cuándo el joven puso ante sus ojos el extraño mecanismo que había robado.

—Por ahora es un secreto profesional —dijo Norton— Pretendo patentarlo a nombre de una tercera persona pero antes quiero que me diga si recuerda haber visto jamás algo parecido.

El jefe de patentes de la Hodgson, que era un ingeniero experimentado, miró aquello con ojo crítico.

—Por supuesto —dijo—, esto no tiene nada que ver con el oficio de usted. Es una extraña mezcla de aparato de radio, de televisión y de cine. Es una combinación de tomavistas y de proyector. Al mismo tiempo tiene algo así como un extraño mezclador de imágenes. Es… es asombroso.

Durante largo rato se olvidó de Norton. Toda su atención estaba concentrada en aquel extraño mecanismo que no había visto jamás. Lo miraba, lo volvía a mirar y lanzaba exclamaciones cada vez más vehementes.

No cabía duda de que aquello le maravillaba.

Norton llegó a tener la sensación de que estaba como hipnotizado por aquel aparato. De que había llegado a olvidarse completamente de él.

Al fin susurró:

—¿Ha visto algo parecido?

—Nunca…

—¿Cree que puede estar patentado?

—¿Pero qué tontería es ésa? ¿(Cómo puede estar patentada una cosa así? ¿Usted se da cuenta de lo que tiene entre sus manos?

—No del todo —dijo Norton.

—¿Quién le ha dejado esto?

—Un amigo. Un investigador de fuera del país y que desearía estar orientado.

—Oiga… ¿Qué edad tiene ese investigador?

Norton se acordó de Jackson, el hombre calvo y con los ojos de pez muerto detrás de las gafas. Murmuró:

—Unos cincuenta.

—Pues es un verdadero genio…

—¿Por qué?

—Este descubrimiento es algo más importante que el cine, la radio y la televisión juntos. Es algo que puede revolucionar el mundo.

Norton ya sospechaba algo parecido, y era justamente eso lo que le intranquilizaba. Pero preguntó:

—¿En qué sentido?

—O mucho me equivoco o puede reproducir una imagen debilísima. Incluso podría reproducir una imagen que, por decirlo así, no existe. Una cierta vibración de la luz que aún subsiste en forma de ondas inapreciables, pero que esta máquina podría «resucitar». Puedo estar equivocado, pero le juro que nunca he visto nada parecido, nada tan asombroso.

Norton tragó saliva.

Aquellas palabras, en lugar de tranquilizarle, le producían, al contrario, una viva alarma.

El ingeniero, cada vez más entusiasmado, susurró:

—Estoy al corriente de todos los inventos industriales que se patentan en el mundo, pues recibo información de todos los centros internacionales, y en especial de Suiza. Le juro que en ninguna parte se está patentando algo que se parezca a esto. Ningún ingeniero del mundo ha llegado siquiera a concebirlo.

Norton se estremeció al preguntar:

—¿Quiere decir que…, que en teoría esto podría corresponder a una civilización más avanzada que la nuestra?

El otro le miró de soslayo.

Parecía no haber pensado en eso, pero de pronto una lucecita de sospecha se encendió en sus ojos.

—¿Por qué ha dicho eso? —murmuró.

—Estoy hablando en pura teoría, claro.

—De todos modos acaba de decir algo que me hace pensar… En fin, es absurdo.

—¿Qué es lo absurdo?

—El hecho de que usted me presente un aparato que está al menos cincuenta años por delante de nuestra técnica. Y en algunos aspectos, como por ejemplo esta computadora pequeñísima para medir la frecuencia de la luz, está a cien años por delante de lo que hacemos ahora. Esta máquina calcula frecuencias de luz a la misma velocidad a que se producen, es decir, a una velocidad casi infinita.

Norton estaba asombrado. Y al ver que sus pensamientos se confirmaban, notaba otra vez aquella sensación de frío en la masa de la sangre.

El ingeniero continuó:

—Luego está lo de los metales.

—¿Qué es «lo de los metales»?

—Estas aleaciones tan ligeras no las conozco. El mecanismo pesa unos treinta kilos, pero, ¿sabe lo que debiera pesar caso de estar construido con materiales convencionales?

—Pues la verdad… No lo sé.

—Debiera pesar un cuarto de tonelada.

—¿Qué dice…?

—Usted no hubiera podido transportarlo, señor Norton.

Norton trató de disimular el asombro y la prevención que estaba sintiendo. Mientras sonreía, dijo con voz que quiso ser lo más natural posible:

—Mi amigo es especialista en aleaciones nuevas, pero no creí que la falta de peso fuera algo tan importante. ¿Acaso estas aleaciones no son conocidas en la industria?

—Ni siquiera en los laboratorios.

—¿Son metales nuevos?

—Completamente. Y quizá los elementos básicos sean los mismos que tenemos en nuestro planeta, aunque no estoy seguro, pero el resultado es completamente nuevo y original. En pocas palabras: esto me produce el mismo asombro que a un químico de la época del cardenal Richelieu le hubiera producido ver una botella de plástico.

Norton sentía más que nunca aquel frío en la sangre.

Estaba sencillamente aterrorizado.

Se daba cuenta de la importancia que todo aquello tenía. Comprendía muy

bien que estaba tocando quizá un pedazo de otro planeta.

El ingeniero preguntó:

—¿Quiere que tramite la patente? Lo haré gratis con tal de que, por simple curiosidad profesional, me deje husmear en todo esto.

—Deberé consultárselo a mi amigo —dijo Norton con voz insegura.

—Permita que sea yo el que hable con él. —No vive en el país.

—Eso no es inconveniente. Hoy no existen las distancias. Tomaré el avión hasta donde sea. Si su amigo vive en una cueva del Tíbet, subiré hasta allí con una escala de cuerdas. Si habita en una cueva del Níger, atravesaré el desierto del Sahara, aunque sea a pie.

—Comprendo su entusiasmo, profesor, pero éste es un asunto muy privado. Le ruego que guarde el secreto profesional.

—No tendré más remedio que hacerlo, pero deme alguna posibilidad, aunque sea remota, de conocer a ese hombre.

—Le complaceré, si bien en este momento no me es posible. Deje que antes hable con él. Prometo venir a verle dentro de poco, profesor. Antes debo resolver un asunto personal y lo haré… con toda urgencia.

Salió de allí llevándose su preciosa y al mismo tiempo maldita carga. Comprendía que había dado con algo que lo cambiaba todo, con algo en lo que no quería ni pensar.

—Mejor para él.

Porque fue al salir a la calle cuando llegó la muerte. Porque fue al encontrarse de nuevo entre los habitantes de la gran ciudad, donde todo parecía realista y hasta rutinario, cuando sonaron las lejanas trompetas del otro mundo.

Capítulo XV

EL coche trató de frenar. Norton iba tan ensimismado que se había saltado un disco rojo en el paso de peatones, pese a la atención que siempre ponía en aquellas cosas. Materialmente se metió bajo las ruedas de aquel «Ford» que venía lanzado a buena velocidad. El coche pegó un terrible bandazo, mientras todo él se inclinaba a causa del brutal impacto, a la suspensión. El conductor dijo algo ininteligible. Luego gritó con miedo y con rabia a la vez:

Estaba seguro de haber matado a Norton.

Este salió volando por los aires y cayó varios metros más allá, mientras el gran paquete que llevaba que daba sobre el capó del «Ford». Dos vehículos más chocaron en cadena. Se oyeron gritos cuando un motorista también salió despedido.

Norton rodó unas yardas más sobre el asfalto.

No se dio cuenta de lo que aquello significaba.

No pudo comprender que acababa de salvar la vida hasta que aquel estrépito infernal sacudió incluso los cimientos de la calle. Hasta que tuvo la sensación de que una bomba acababa de estallar entre los coches.

El asfalto se levantó.

Saltó en pedazos.

Dio incluso la sensación de que estaba empezando un terremoto. Todos los cristales en media milla a la redonda se rompieron. Las personas que estaban en las aceras salieron despedidas.

Norton giró sobre sí mismo.

Miró aquello con ojos desencajados.

Justo en el sitio donde él estaba unos segundos antes, en el sitio donde el «Ford» le había embestido, la tierra acababa de abrirse. Una densa humareda partía de ella. Entre aquella humareda brotaban también llamas, como si en la calle de Nueva York se hubiese abierto una de las ventanas del infierno.

Todos los coches amontonados allí saltaron hechos pedazos.

Las llamas, brotando del centro de la tierra, les habían alcanzado de lleno.

Estallaron los depósitos de gasolina.

La calle antes tranquila, se convirtió en una visión infernal. Los conductores se asaron dentro de sus ataúdes de chapa numerada. Se oyeron gritos desgarradores. Algunos de los espectadores que no habían sido alcanzados se desmayaron de horror.

Norton tenía los ojos desencajados.

No podía creerlo.

Algo le mantenía pegado al suelo, haciéndole arañar el asfalto desesperadamente.

Se daba cuenta de que el primer muerto tenía que haber sido él.

De que el terrible estallido en el subsuelo le hubiese alcanzado de lleno de no ser embestido por aquel coche, que le apartó unas décimas de segundo

antes de que la catástrofe se provocara.

Un policía gritó:

—¡Una explosión de gas! ¡Pero no lo entiendo! ¡Han estallado todas las tuberías cuando en esta zona el gas había sido cortado!

Norton fue a ponerse en pie, pero cayó de nuevo. No era porque estuviese herido, sino porque le fallaban terriblemente las fuerzas.

Porque sentía una náusea angustiosa e invencible.

Capítulo XVI

FUE Margot la que le preparó un vaso de whisky esta vez. Ella misma también había necesitado beber. Con voz que era apenas un soplo, dijo:

—¿Entonces, crees que…?

—Sí —murmuró Norton—. Son demasiadas cosas. Aquel mecanismo se ha destruido porque saltó hecho pedazos con los coches, pero sin embargo, muchas piezas resistieron intactas al terrible calor, lo cual indica que estaban construidas de una aleación desconocida. Eso y lo que me dijo el jefe de patentes me ha hecho llegar a una conclusión. Por si fuera poco, está lo de la súbita explosión del gas. Ningún poder humano hubiese conseguido provocarla así.

—Pero…

La muchacha no podía hablar. Necesitó beber ansiosamente otro trago de licor.

—Esto está dirigido por un cerebro que no pertenece a la Tierra —musitó Norton con la mirada perdida—. Diciéndolo así puede parecer increíble, pero las pruebas ya son abrumadoras. Se trata de una infernal maquinación.

—¿Una maquinación para qué?

—Conozco a mucha gente en la Prensa y en las oficinas de información diplomática —dijo Norton, contestando indirectamente—. Las carreras me han puesto en contacto con muchos periodistas deportivos, pero éstos me han hecho conocer a especialistas en política nacional e internacional. Es decir, a periodistas que informan de cosas mucho más graves.

—No acabo de entenderte, Norton. Explícate.

—Ayer llamé a uno de ellos. Me puso en contacto confidencialmente con Finger y con Samson.

—¿Quiénes son esos dos?

—Trabajan en la oficina de Prensa del Pentágono. Tienen más información que cualquier otro periodista del mundo.

—¿Información sobre qué?

—Pues…, por ejemplo, sobre Nabert.

—¿El que posee una especie de ejército propio?

—Sí. Y el que intentó matarme dos veces. Están muy preocupados con él, porque es un verdadero peligro nacional. Consideran que si un hombre tiene posibilidades de desatar una revolución extremista en el país, es justamente él.

—¿Una revolución que llevaría a la lucha de razas y a la guerra civil?

—Ese sería uno de los aspectos.

—¿Y los otros?

—Cambio de las estructuras sociales y políticas en este país. Predominio absoluto de un grupo racista. Eliminación sistemática y sangrienta de las «minorías inútiles». Conquista por la fuerza de los restantes países de América. Esas son las ideas de Nabert. Y podría parecer un loco si no tuviera

a muchos generales de su parte, muchos generales que creen en él.

A Margot le costaba hablar. Balbució:

—¿Hasta el extremo de…?

—Sí, hasta el extremo de provocar primero una guerra civil y luego una guerra internacional. Nabert está loco, pero además hay un cerebro superior a él que le domina y le convierte en su instrumento. Para un hombre como ése, las armas nucleares son un juguete que debe emplearse sin consideración alguna.

—Pero… es absurdo. Entonces los otros también emplearían ese *juguete* sin ninguna clase de consideración. Hoy las armas nucleares las posee todo el mundo, o al menos puede poseerlas gracias a un sistema de alianzas.

Norton asintió.

Seguía teniendo la mirada perdida, como si viera cosas que no había visto nunca y que nunca hubiera imaginado ver.

—Por fortuna, los hombres que gobiernan hoy en el mundo, al menos en las naciones más poderosas, son lo bastante inteligentes para haber comprendido cuál sería el precio de una guerra: la destrucción total. En cambio, un loco como Nabert no cree eso; ni siquiera lo piensa. Para él sólo existe su manía de poder. Si un hombre como ése lograra hacerse con el mando en un país como Estados Unidos, las consecuencias serían incalculables. El mundo podría caminar hacia la destrucción total, que es lo que ese poder extraterrestre quiere. Así será increíblemente fácil dominarlo.

Ella se estremeció un instante. Sus ojos también se perdieron en el vacío, como si estuvieran viendo algo que jamás hubieran creído ver.

—Nadie puede decir con certeza que existan poderes extraterrestres, Norton —dijo.

—Tampoco puede negarlo nadie.

—Eso es cierto…

—Te diré más: todo el mundo sabe que, por ley de probabilidades, entre tantos centenares de millones de astros, es lógico que existan otros mundos habitados. El hidrógeno, como elemento básico del universo, ha sido hallado en muchos cuerpos celestes, así como el oxígeno, el carbono, y el azufre. A partir de esos y otros elementos muy simples, y en condiciones de presión y temperatura que por simple azar han de darse a la fuerza, puede llegarse a fórmulas cada vez más complejas, hasta alcanzarse la proteína, un compuesto que ya es una forma de vida. Las posibilidades de que existan seres pensantes en un mundo distinto al nuestro son tan grandes que en este momento ya resultaría estúpido ignorarlas.

—Pero esos seres inteligentes de que hablas no pueden haber llegado a nuestro planeta…

—No hace falta que hayan llegado.

—¿Cómo es que no hace falta?

—Claro que no. Existe la telepatía, o transmisión del pensamiento. Existe la inducción de ideas mediante emisiones de radio en ondas muy cortas que el

sujeto escucha sin darse cuenta mientras duerme, sugiriéndole cosas que, al despertar, cree haber pensado él mismo. Y existe, sobre todo, el hipnotismo.

—¿El hipnotismo?

—Sí. Por eso te acabo de decir que no es indispensable que esos seres inteligentes hayan llegado a la Tierra. Les basta emplear como instrumentos a seres de este mundo.

—No acabo de entenderte, Norton.

—Me explicaré mejor… A Narrow se le planteaba un problema viejo como el mundo, pero que adquirió categoría histórica con Enrique VIII: estar casado con una mujer y desear a otra. Con Narrow hicieron por lo tanto un ensayo.

—¿Por medio de quién?

—Por medio de Jackson, ese maldito que vende las litografías en el museo. No es un ser extraterrestre, pero está dominado completamente por ellos. El es el que les sirve de intermediario y cumple sus órdenes en la Tierra. En principio, el material humano con el que había que «trabajar» le seleccionó entre los visitantes al museo.

—¿Narrow había estado allí?

—Por supuesto. Y debía haber mirado muchas veces el retrato de Enrique VIII, pensando en su problema personal. Hasta que Jackson le convenció para que se llevara dos litografías iguales a su casa.

—¿Con qué objeto?

—Con el de que las mirase a todas horas hasta llegar al clima de una auténtica obsesión. En esas condiciones, la hipnosis era muy fácil. La transmisión de pensamiento a lo largo del espacio encontraba en él un campo abonado excelente. Llegó un momento en que Narrow alcanzó en su mente enferma la solución que siglos antes había alcanzado al monarca inglés: la muerte. Incluso quizá llegó a esa conclusión demasiado pronto, es decir, esos seres extraterrestres tuvieron más éxito del que esperaban, porque quizá les hubiese convenido conservar a Narrow un tiempo más. Con sus experimentos hubiera podido servir de magnífico auxiliar a esos seres Incluso Jackson le había «ayudado» acoplando un nuevo aparato que él mismo debió construir siguiendo normas que le llegaron por transmisión de pensamiento desde otro mundo lejano.

Dio unos pasos con las manos unidas a la espalda y continuó:

—Narrow mató a las dos mujeres, en un acceso de locura, pero luego, al darse cuenta quizá de lo que había hecho, no pudo resistirlo y se quitó la vida. Otro caso en el cual la hipnosis tuvo éxito fue el de Yolanda, que se había obsesionado con la figura de la asesina María Gatling, llamada la Viuda Negra. Yolanda cometió los mismos actos que María Gatling había cometido. Incluso estuvo a punto de liquidarme a mí.

Llegó hasta la pared, dio un manotazo al aire como si apartara a un enemigo invisible y añadió:

—Pero el experimento decisivo para ellos es el de Nabert. Mejor dicho,

eso ya no es un experimento, sino un golpe con el que pretenden resolverlo todo.

—Nabert es un admirador de Hitler, ¿verdad?

—En efecto. Le obsesiona la figura de ese hombre salido de la nada y que llegó a poseer un auténtico poder mundial, aunque luego se hundiera en un holocausto de cenizas. Dejando al margen lo que se piensa de Hitler y su sistema, el modo como llegó a alcanzar el poder es natural que seduzca a un hombre de inteligencia primaria como Nabert. Este, que tiene dinero y dotes de persuasión, ha llegado a convencer también a un importante grupo de generales. En el Pentágono hay muchos que piensan que debe acabarse con el «peligro» negro y con las «minorías inútiles», como son, por ejemplo, los restos de los antiguos indios. También piensan que llegarán a lo más alto de sus carreras, y por lo tanto, al poder absoluto, si desencadenan una conflagración mundial en la que no dudan serían ellos los vencedores. Y si esa conflagración se desata… todos sabemos cuál sería el resultado. Los que pretenden dominar la Tierra encontrarían aquí un mundo tan destrozado que para acabar de hacerlo suyo no tendrían necesidad ni de mover un dedo, en el supuesto de que tengan manos.

La muchacha había palidecido terriblemente.

Se daba cuenta de la exacta situación.

Después de lo que había visto, para ella no ofrecía dudas aquella sórdida realidad. Cerró un momento los ojos mientras decía con un hilo de voz:

—Entonces, ¿qué debemos hacer? ¿Liquidar a Nabert?

—Lo más importante de momento es que no me liquiden a mí. Esos seres extraterrestres, sean quienes sean, saben que yo conozco su secreto. Tú y yo somos los únicos que en este momento podemos estorbar sus planes.

—¿Y crees que tratarán de eliminarnos?

—Por supuesto que sí. Nabert ya ha tratado de hacerlo dos veces, siguiendo sin duda una consigna superior. En cuanto a la explosión de gas que se produjo en la calle, no fue una casualidad. La inteligencia de esos seres que tratan de dominarnos llega fácilmente a conseguir esos resultados: por ejemplo, a aumentar hasta límites intolerables la presión del gas en las tuberías. Es muy posible que un cable de alta tensión caiga sobre mí o que estalle en marcha el motor de mi coche, incendiándose el depósito. Todo eso sin que nadie haya tocado nada… Y lo mismo que me ocurra a mí puede ocurrirte a ti, muchacha.

Temblaron los párpados de Margot mientras bisbiseaba:

—Repito…, ¿qué podemos hacer?

—Supongo que lo ilógico sería avisar a las autoridades, pero no nos creerían y perderíamos un tiempo precioso.

—Por lo tanto, ¿qué?

—Quizá el más vulnerable es Jackson. Quizá debamos empezar por él.

—Pero podría parecer un verdadero asesinato…

—No trato de matarlo, aunque en realidad lo merezca. Además de haber

provocado todos esos desastres, está corrompiendo a una niña. Sin embargo, no puedo hacerlo… No, no dispararé contra él ni haré nada para quitarle la vida, aunque pienso apresarlo y obligarle a confesar. Supongo que eso servirá de base para que las autoridades me crean.

Ella apretó los labios.

—De acuerdo, Norton. Creo que es la única solución razonable. ¿Tienes algún plan?

—No. Ninguno por el momento, pero daré con él. Creo que lo más importante es empezar por ir al museo.

—Perfectamente. Te acompañaré.

—Pero antes…

—¿Antes qué?

Ella le miraba con curiosidad. Aleteaban sus finas y largas pestañas.

—¿Antes qué…? —repitió.

—Creo que hemos pasado bastantes aventuras juntos, Margot.

—De acuerdo. ¿Y qué?

—Somos como una sola persona. Estamos navegando en el mismo barco. No sería ninguna equivocación que te diera un beso, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

Su mirada había vuelto a endurecerse.

Era de nuevo la mujer distante, hostil, que nunca había querido saber nada con los hombres.

—No hay motivo para que nos besemos —dijo—. Ni siquiera eso. No veo razón para que te aproveches de mí.

—Mujer, un beso no es *aprovecharse…* —Nada. Los hombres a un lado y las mujeres a otro. Y basta.

Norton refunfuñó:

—Y yo que me había hecho ilusiones… ¡Pero menuda tía más estrecha…!

Capítulo XVII

CUANDO llegaron al museo, éste ofrecía el aspecto más tranquilo que había ofrecido en los últimos tiempos. Prácticamente no había nadie en él. Sólo un par de estudiantes de Bellas Artes copiaban, al fondo de la sala, sus cuadros favoritos. El ambiente era tan de paz que parecía imposible que allí pudiera albergarse algo que tuviera un significado siniestro.

Jackson le dirigió desde su tarima una mirada torva.

Pero eso fue todo.

Noemí embalaba unas litografías. Todo parecía tan apacible que Norton tuvo la sensación de haberse equivocado del todo. No era posible que allí hubiese nada que llamara la atención, nada relacionado con seres inteligentes de otro mundo.

Margot también parecía un poco desconcertada.

Balbució:

—¿Qué hacemos?

—Pasemos al fondo de la sala. Quiero observar la reacción de ese tipo.

—¿Jackson?

—Sí.

Entraron, pasando por entre los cuadros expuestos. Margot se detuvo. De pronto algo parecía haberle sugestionado.

—Qué cuadro más admirable… —susurró.

—¿Cuál?

—Ese…

Señalaba con el mentón una pintura representando a Cleopatra. Por supuesto que la cara de Cleopatra era pura imaginación. Pero el artista se había sentido tan inspirado, había dado a aquellos ojos tal poder de seducción y a las líneas del cuerpo tanto encanto, que uno creía estar viendo la sensualidad hecha mujer. Creía estar viendo la tentación convertida en carne y mirando a los hombres a través de los siglos.

Margot repitió:

—Es admirable…

—Yo no tengo conocimientos para hablar de su categoría artística —dijo Norton—, aunque desde luego me parece bueno. ¿Qué es lo que más te gusta de él?

—No sé… Quizá la sensualidad que se desprende de ese cuadro. Quizá el atrevimiento de esos ojos. O lo turbador de esas líneas, que yo sé apreciar a pesar de ser una mujer. Resulta asombroso…

—Sí, es cierto —dijo Norton, aunque no daba demasiada importancia a aquello.

Margot se pasó insensiblemente, de una forma maquinal, una mano por las fantásticas líneas de su propio cuerpo.

—¿Crees que yo estoy tan bien formada como ella? —susurró—. ¿Tú

crees?

—Pues…, pues desde luego que sí. Y mejor todavía.

—¿Tú crees que podría poseer su poder de seducción?

John Norton arqueó una ceja.

De pronto la boca se le había quedado seca.

¿Qué diablos estaba pasando allí?

Bisbiseó:

—Margot…

—¿Qué?

—¿No te estará influyendo ese cuadro? ¿No desearás ser tú como Cleopatra?

La preciosa muñeca no contestó, pero sus ojos seguían perdidos en el fondo de aquel cuadro. Había algo en él que le seducía, que le obsesionaba casi. Con voz velada susurró al cabo de unos instantes:

—Tener ese poder de seducción debe ser algo maravilloso.

Norton iba a decir que él también lo consideraba así, y que ella, a Margot, buena falta le hacía. Pero no tuvo tiempo de hablar. No tuvo tiempo ni de pensar siquiera, porque en aquel instante todo cambió.

Vio confusamente a los tres hombres.

Fue como un parpadeo.

Como un relámpago de luz negra.

Norton movió la mano derecha. No tuvo tiempo de pensar, pero al menos sus reflejos funcionaron. De un brusco empujón apartó a la muchacha de la ruta del plomo que iban a recorrer las balas de las tres metralletas.

Mientras tanto, con la mano izquierda, el joven descolgó uno de los enormes extintores de incendios que colgaban de las paredes, casi uno cada diez pasos. Todo en él fue maquinal, instantáneo, fulminante, con esa rapidez y esa precisión que sólo pueden tener los que han de tomar decisiones en décimas de segundo. El chorro de espuma inundó las caras de los tres hombres, cubriéndoles materialmente .de blanco y dejándoles ciegos por unos instantes.

Las metralletas crepitaron de todos modos.

Enviaron su salvaje misiva de muerte.

Pero las balas iban sin dirección, porque los tiradores ya no veían. Uno de ellos, Nabert, lanzó una salvaje maldición,

Norton rodó por tierra.

La desesperación del momento hizo que sus músculos funcionasen. No tenía más remedio que moverse, aguantando el dolor, o dejarse matar. Chocó contra la pared mientras su cerebro volvía a funcionar con fantástica lucidez. Mientras los pensamientos llegaban a él como chispazos.

Esta vez Nabert había decidido jugárselo todo a una carta con tal de eliminarle. Pensaba que aquel sitio tranquilo y aislado era el mejor sitio que podía encontrar. Y empleaba armas normales porque era su cerebro el que había planeado el golpe, y no los cerebros superiores del otro mundo. O quizá

también porque allí estaba el intermediario de aquellos cerebros, porque allí estaba Jackson. No podían exponerse a despedazar a Jackson provocando, por ejemplo, una nueva y terrorífica explosión de gas.

Norton, que había seguido lanzando espuma desesperadamente sobre sus tres enemigos, se apoyó en la pared y movió de nuevo su brazo derecho. La cápsula del extintor tenía un respetable peso, pero él la movió como si fuese un martillo. Lo descargó rabiosamente contra el cráneo de uno de sus enemigos, que seguían disparando a ciegas.

Se oyó un siniestro «CHASK», ahogado en parte por el ruido de las balas.

La cabeza de aquel hombre acababa de abrirse.

Norton lanzó por los aires la cápsula que ya no le servía. Nabert, medio a ciegas, distinguió algo que pasaba ante él.

—¡Ese tipo trata de huir! —barbotó—. ¡Tirad, perros!

Durante unas décimas de segundo había creído que aquella sombra que pasaba por delante suyo era el propio Norton. Pero las décimas de segundo fueren suficientes para que hiciese girar la metralleta y disparara con rabia.

El chorro de balas fue hacia la tarima detrás de la cual estaba Jackson mirándolo todo asombrado con sus grandes ojos de pez muerto. No pudo ni moverse. No supo lo que ocurría. De pronto todo su pecho se llenó de botones rojos mientras lanzaba un grito de agonía.

Noemí estaba quieta junto a una de las paredes. No se inmutó.

Parecía como si aquello no la afectara. Como si estuviese hipnotizada o situada más allá del mundo.

Jackson se estrelló contra una puerta.

Norton rodó por el suelo.

No tenía tiempo de dedicarse a meditar. No le quedaba más remedio que lanzarse, obrar por instinto, sin medir las consecuencias, sin calcular las posibilidades O eso o morir.

Tomó la metralleta del muerto.

Y desde el suelo lanzó el chorro de balas contra Nabert, que iba a girarse de nuevo. Los plomos le dieron en la cara, que estaba llena de espuma blanca. Norton se estremeció.

Jamás había visto nada tan singular y al mismo tiempo tan espantoso.

La espuma blanca se estaba llenando de manchas de espuma roja.

Nabert vaciló.

Soltó su metralleta.

Tuvo un espasmo brutal mientras patinaba junto a una de las paredes.

Y fue a estrellarse definitivamente contra uno de los cuadros. El personaje histórico al que había admirado tanto se desplomó sobre él.

Pero Norton no llegó a ver eso más que de soslayo, mientras saltaba frenéticamente al otro lado de la sala. Su vida seguía dependiendo de su movilidad. El tercer asesino, aunque con la cara aún tapada, seguía disparando con su metralleta.

Buscó a Norton.

Ya empezaba a ver bien. La espuma ya había resbalado por su cara y había dejado de cubrir sus ojos. Los dientes chirriaron mientras se disponía a apretar el gatillo otra vez.

Norton ya no podía moverse.

Le era imposible saltar más.

El cañón de la metralleta había girado implacablemente hacia él y le apuntaba al centro de la cabeza.

Miró la muerte cara a cara. No pestañeó. Margot, que aún estaba derribada en el suelo, mostrando por completo sus maravillosas piernas, apenas pudo gemir:

—Noooo…

La ráfaga partió desde la puerta del museo. El hombre de la metralleta se tambaleó como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Chilló con las facciones desencajadas. Soltó su arma. Su cuerpo crispado recordó trágicamente una de esas caricaturas en que un hombre se arruga como un acordeón.

El policía que acababa de aparecer en la puerta, disparó de nuevo.

Materialmente clavó a su enemigo contra la pared.

Cuando éste cayó, toda la pared había quedado teñida de rojo.

De los labios de Norton escapó un suspiro que debió oírse al otro lado de Manhattan.

Si aquel patrullero atraído por los disparos llega a aparecer dos segundos después, él ya no lo cuenta.

Por su parte había soltado la metralleta. Alzando un poco las manos susurró:

—No tan deprisa, agente. No me apunte a mí también… Yo no tengo nada que ver con esto.

—Es cierto —dijo uno de los que pintaban cuando él entró—. Nosotros somos testigos. A él han tratado de matarle.

El agente dejó la metralleta. Se dirigió a los muertos mientras palidecía. Acababa de reconocer a Nabert.

Norton se puso en pie.

Sentía como una especie de borrachera.

Todo había terminado. Era increíble, pero ya estaba libre de aquella pesadilla. Nabert había muerto. Pero, sobre todo, había muerto Jackson, el intermediario de los cerebros del Más Allá.

Estos ya no tenían un *médium*, ya no podían influir sobre nadie. Su poder había terminado.

John Norton se acercó a Margot.

La vida volvía a empezar para él.

La verdadera vida…

Observó con sorpresa que la muchacha seguía obsesionada con aquel retrato de Cleopatra. Después de las cosas terribles que habían sucedido, parecía como si la única importante de este mundo fuese el cuadro que tenía

ante sus ojos. Con voz velada, susurró:

—¿Tú crees que yo podría ser tan bonita como ella?

—Pues… creo que ya lo eres.

—¿Y tan atrevida como ella?

Echó un poco el cuerpo hacia atrás y realzó sus preciosos senos. Era la primera vez que una mujer tan adusta como ella, tan temerosa de los hombres, hacía un gesto semejante. Norton quedó maravillado.

«Menos mal… —pensó—. Esta chica está cambiando. Va a ser una ganga.»

—Es extraño —dijo en voz alta—. Ese cuadro te ha influido. Y sin embargo, Jackson ya está muerto…

Margot sonrió. Seguía mirando el cuadro.

Y Norton mirándola a ella.

Por eso ninguno de los dos se dio cuenta de que Noemí pasaba despreocupadamente por encima del cadáver de Jackson. Penetró en el pequeño almacén que había detrás del mostrador y allí se quitó la peluca para acariciarse un poco la cabeza. Pese a su extremada juventud, era calva como una bola de billar. También se puso unas gafas, pues sin ellas veía muy mal, aunque fuera no las usase.

Norton se hubiese llevado una terrible sorpresa caso de poder verla.

Hubiese recordado en seguida la pequeña figura encorvada que vio avanzar hacia la máquina en el apartamento de Narrow. Es decir, la que él creyó que avanzaba encorvada, al imaginar que se trataba de Jackson. Caso de poder verla hubiese lanzado un grito de asombro.

Noemí sonreía quietamente.

Había en ella una expresión lejana, antinatural, una expresión que no respondía a ningún sentimiento de este mundo.

Buscó dos litografías con la reproducción del cuadro de Cleopatra y empezó a envolverlas lentamente.

Mientras tanto, Margot y Norton avanzaban medio abrazados hacia la puerta, donde les esperaba un inspector para los trámites de rutina. Ninguno de los dos sospechó que Noemí estaba allí, ninguno de los dos llegó a verla.

Noemí, en cambio, sí que les veía a ellos.

No necesitaba ni salir del almacén para eso.

Al fin abrió poco a poco la puerta, tras quitarse las gafas y ponerse la peluca de nuevo.

Siempre con aquella sonrisa lejana e incomprensible, dejó las litografías al alcance de su mano. Presentía que iba a necesitarlas pronto.

F I N

la conquista del

ESPACIO

Una ventana abierta al futuro gracias al talento de unos autores de excepcional calidad

LA MEJOR COLECCION POPULAR DE

"CIENCIA-FICCION"

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.